

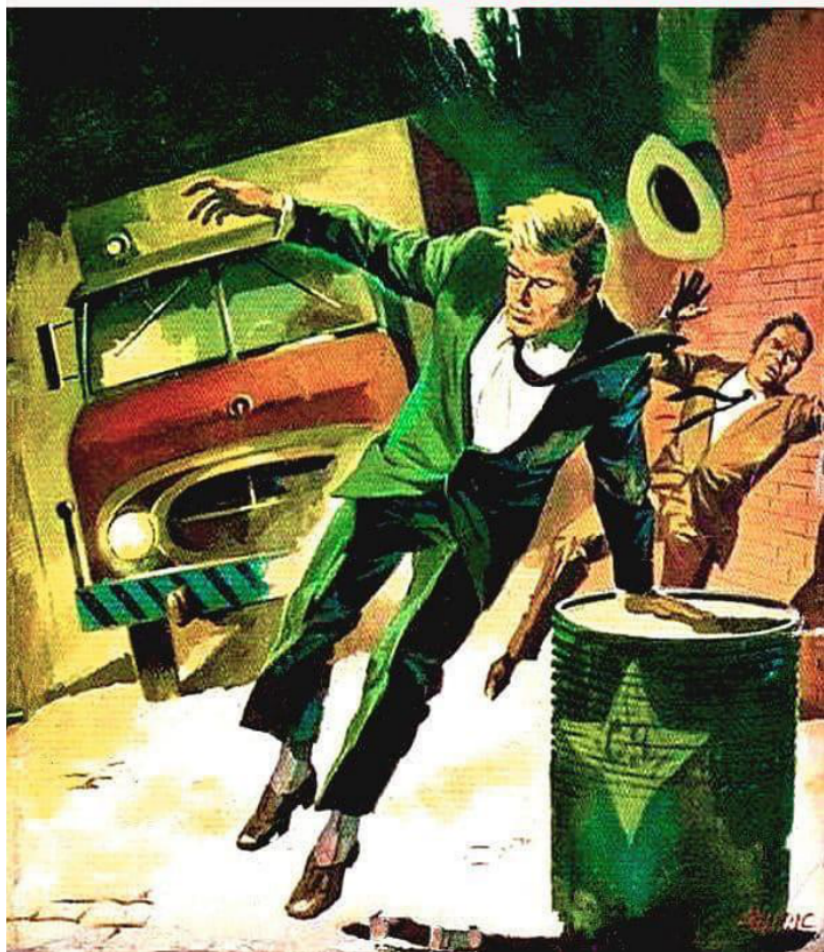
BOLSILIBROS



SERVICIO SECRETO

ya es hora *de* de morir, Harry

Kelltom McIntire



Desde la esquina de Bound Lane, Harry vio perfectamente que su padre estaba muerto.

No lo vio, exactamente, sino que más bien lo adivinó, por la absurda posición de sus extremidades.

Su piso estaba húmedo y brillante. La niebla lo envolvía todo, atenuaba los sonidos, casi velaba el fulgor del alumbrado urbano.

Harry sintió un estremecimiento vigoroso en su cuerpo flaco y espigado.

Smokie y Grandson le empujaron levemente.



Kelltom McIntire

Ya es hora de morir, Harry

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1229

ePub r1.0

Titivillus 06-12-2019

Título original: *Ya es hora de morir, Harry*
Kelltom McIntire, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Desde la esquina de Bound Lane, Harry vio perfectamente que su padre estaba muerto.

No lo vio, exactamente, sino que más bien lo adivinó, por la absurda posición de sus extremidades.

Su piso estaba húmedo y brillante. La niebla lo envolvía todo, atenuaba los sonidos, casi velaba el fulgor del alumbrado urbano.

Harry sintió un estremecimiento vigoroso en su cuerpo flaco y espigado.

Smokie y Grandson le empujaron levemente.

—Ahí está, es él —dijeron.

Dio unos pasos, vacilante, indeciso.

Pugnaba entre dejar escapar un sollozo y dar rienda suelta al alarido salvaje que brotaba de lo más profundo de su corazón.

Sus pasos resonaron extrañamente en el callejón. A lo lejos, se oyeron las carcajadas escandalosas de unas prostitutas.

Smokie y Grandson seguían a Harry. Ellos le habían guiado, en verdad, hasta Bound Lane.

Cuando regresaban del tugurio de Bronzzano, Smokie había tropezado con un bulto en Bound Lane.

Había barbotado una blasfemia, a punto de caer al suelo.

—Peste de borrachos indecentes —gruñó Grandson, que había aprendido a maldecir de muy joven—. ¿Quién será este granuja que se ovilla en el suelo como una rata mojada?

—¡Eh, tú, especie de diablo harapiento! —gritó Smokie, iracundo—. Levántate ahora mismo, si no quieres que lo haga yo a puntapiés.

Apenas eran dos muchachos, pero sabían ya hablar con el tono bravucón y desgarrado de los hombres del barrio.

Smokie, delgado, de rubio pelo pajizo y rostro pecoso, se inclinó sobre el hombre tendido en la sombra, y le zarandeó con fuerza.

—¡Qué asco! —Gruñó, al notar que su mano se manchaba—. Está sucio como un...

Se interrumpió, de pronto, y su rostro se tomó aún más pálido.

Porque su mano estaba manchada de sangre.

Sangre aún tibia, roja, viscosa.

Grandson se quedó mirando, con expresión estúpida, la mano manchada de su compañero.

Smokie miró, alarmado, a todas partes.

Se tranquilizó al comprender que estaban absolutamente solos. Grandson, él y el hombre que yacía en el suelo, empapado en sangre.

Más allá de la esquina, las pequeñas pelanduscas de Bound Lane seguían chillando y escandalizando, con sus risas destempladas.

De repente, Smokie salió de su marasmo y, sacando apresuradamente un pañuelo sucio se limpió la mano.

—Creo que está muerto —anunció lúgubrementes.

Grandson asintió con cara de entendido.

—La *palmó*. ¿Quién será el pájaro que lo hizo?

—Olvida eso y *ahuequemos*. No me gustaría que la «pasma» nos cogiera aquí. A saber a quién le cargarán el muerto —decidió Smokie, con práctico sentido de las cosas.

Sin embargo, Grandson no le obedeció inmediatamente.

La curiosidad le picaba como una chinche.

Por eso rascó un fósforo y lo aproximó al rostro del caído.

Vio la cara barbuda, casi ascética, los ojos muy abiertos, con una pizca de brillo aún, las sienes empapadas en sangre tibia, el cráneo espantosamente hundido...

Grandson sintió que su estómago se alborotaba. En aquel momento, la llama del fósforo quemó sus dedos, obligándole a gritar de dolor y sorpresa.

—Smokie —llamó a su amigo, que caminaba ya decididamente, ansioso por alejarse de la proximidad del muerto.

Tuvo que llamarlo hasta tres veces, antes de que Smokie detuviera sus largos y rápidos pasos y se volviera.

—¿A qué viene tanto escándalo? ¡Date prisa!

—Espera, Smokie... El hombre está muerto, pero...

—¡Revienta!

—Es Tom Murfree, el padre de Harry —confesó Grandson, con un soplo de voz.

Smokie abrió mucho los ojos, despavorido.

—¡Estás soñando, maldito holgazán! No puede ser.

Grandson le vio retroceder apresuradamente hacia el recodo de

Bound Lane.

Un leve resplandor brotó junto al muro. Luego Smokie regresó corriendo, tan blanco como una hoja de papel.

—Es cierto, Girbie —asintió con la voz ronca—. Es Tom Murfree, cobrador de la Sweet Peace Insurance Co. Ahora, no nos detengamos.

Corrieron como galgos hasta alcanzar Rentrey Street. Junio a la esquina se detuvieron y serenaron su paso, temerosos de que alguien les observara.

—Uff —gruñó Girbie Grandson—. Temí, temí...

—Cállate y deja de resoplar como una foca. Estoy viendo a Dailey, el *cop*, junto a la tienda de Red Skander.

—¿Qué... qué vamos a hacer, Smokie? —preguntó Girbie, algo más tranquilo ya, al verse rodeado del ambiente siempre movido y multicolor del barrio.

Smokie le miró con expresión seria.

—Tendremos que avisar a Harry. Cierto que él no es ya uno de los nuestros. Se ablandó y aceptó un empleo en una cafetería de Gimble Street, como tú sabes.

—Harry es buen chico. Merece que le avisemos. ¿Qué crees tú que ocurrió con su padre?

Smokie le miró con superioridad. A veces, Smokie pensaba que Girbie era sencillamente tonto.

—Veamos, Girbie, pedazo de corcho: ¿qué hacía Tom Murfree?

—Bien, pues se dedicaba a cobrar recibos de una compañía de seguros, tú lo dijiste antes.

—Excelente, progresamos. ¿Qué llevan los cobradores?

Grandson se rascó el cogote. De pronto, sus ojos se iluminaron.

—¡Una cartera! Una cartera para guardar la «pasta».

—Exacto. La cartera no estaba en el callejón. Registré, por encima, sus bolsillos. No había un centavo, ¿comprendes?

—Ajá.

—Es decir, a Tom Murfree le han «apiolado» para robarle la «pasta» que había cobrado durante el día. ¿Recuerdas que nosotros también...?

—Olvida eso —murmuró Grandson con brusquedad, al ver que el policía se aproximaba.

Fingieron que miraban el almacén de ropas usadas de Phil Kobe, y

consiguieron escurrirse hacia Marine Road, antes de que el *cop* les echase la vista encima.

En la estrecha Fair Square tomaron un autobús que les trasladó a la zona este, donde estaban situados los clubs elegantes y las cafeterías de lujo.

—Ahí está Harry —dijo Smokie, señalando la puerta de cristal de una cafetería.

—Está bien, vamos allá. Los malos tragos... —murmuró Grandson. Y ambos cruzaron la calle a grandes zancadas y penetraron en la elegante cafetería. Un camarero les dirigió una ojeada recelosa, pero Smokie siguió decididamente hasta el final de la barra, donde se encontraba Harry Murfree.

Harry era un muchacho delgado y muy alto, moreno. Era guapo, sencillamente guapo. Smokie y Girbie se habían burlado a menudo de él porque las jovencitas del barrio adoraban a Harry, y le dirigían constantemente sus más tiernas miradas.

Les vio enseguida. Y sus labios se fruncieron.

—¡Smokie, Girbie! ¿Qué hacéis aquí? ¿Es que queréis que me despidan? —dijo con voz contenida.

Smokie le miró con reproche.

—Pídele al bocazas de tu patrón que te deje libre el resto de la noche y acompáñanos.

Ha ocurrido algo muy grave, muchacho.

—Es cierto, Harry. Tu padre...

Diez minutos después, Harry estaba con ellos en la calle.

Sus labios temblaban y sus ojos brillaban como vidrios.

—No puede ser, no puede ser. Os habéis confundido, condenados...

—murmuraba a cada momento.

Su padre, muerto.

Tom Murfree, el pacífico y bonachón Tom Murfree, asesinado en una callejuela infecta.

—No puede ser —dijo en voz alta, cuando volvían en autobús al barrio.

Una mujer gorda, redonda, le miró inexpresivamente a través de sus ojos de pez.

Harry Murfree se equivocaba, sin embargo.

Smokie y Girbie le empujaban suavemente hacia el recodo.

Allí, en la oscuridad, entre la niebla, seguía el cuerpo de Tom

Murfree.

Decidiéndose de repente, Harry se inclinó sobre el cadáver, y palpó sus ropas.

La sangre no estaba tibia ya, sino helada.

Smokie y Girbie se aproximaron.

Smokie encendió un fósforo. A la luz amarillenta, Harry vio el rostro ensangrentado de su padre.

Un sollozo amargo, profundo, salió de su garganta.

CAPÍTULO II

—Vamos, Harry. Ya... ya nada podemos hacer —pidió Grandson, tratando de obligar a Harry a elevarse del suelo.

El muchacho se incorporó lentamente.

Tenía los ojos enrojecidos, pero sus labios no temblaban ya.

—No —denegó—. No me moveré. Id vosotros.

—¿Adónde? —preguntó Smokie, temeroso.

—A avisar a la policía. Yo me quedaré aquí, cuidando a mi padre.

—¡A la policía! —gimió Smokie.

Mencionar a la policía era poco menos que un insulto para él. Por eso miraba ahora a Harry, como si éste hubiera pronunciado un sacrilegio.

—Os lo pido por favor, Smokie. Quiero que la policía descubra al asesino de mi padre —rogó Harry.

—Yo iré —dijo Girbie, cuadrando la mandíbula.

—Está bien, te acompañaré. Aunque...

Tenían miedo. Harry lo sabía.

Le pareció que transcurrió un siglo hasta que en el callejón se oyó el alarido de una sirena.

Corrientemente, los automóviles no circulaban por Bound Lane. Pero la ambulancia llegó hasta el recado, seguida de un coche patrulla.

Las luces destellantes iluminaron tétricamente la figura de Harry, arrodillado junto a su padre.

Smokie y Girbie bajaron del coche patrulla muertos de miedo, bajo la mirada vigilante de un sargento.

Un individuo de unos cuarenta y cinco años, fornido, de mediana estatura, se acercó a Harry y le tocó en la espalda.

—Apártate.

Llegaron más policías. Dos enfermeros portaban una camilla.

—Sí, señor fiscal —dijo alguien—. Desde luego, señor fiscal.

Harry tenía los ojos abiertos, pero no veía nada de lo que estaba sucediendo.

De nuevo alguien le tocó. Era el mismo hombre fornido.

—Soy el teniente Steel, ¿me recuerdas? Tendrás que acompañarme a la estación de policía —dijo.

Harry asintió.

También Smokie y Grandson fueron empujados a un coche, sin demasiados miramientos.

El policía que conducía raspó la pintura del vehículo, al maniobrar.

Algunos policías quedaban en Bound Lane. Tal vez harían preguntas a las prostitutas que aguardaban a sus clientes poco más allá.

Harían una buena redada.

Harry deseaba ardientemente que el hombre —la persona— que había asesinado a su padre, fuese identificado y castigado.

Pero temía, con fundamento, que tal cosa fuese difícil, ardua.

Bound Lane era el centro de un barrio bajo, infecto.

La única ley verdaderamente respetada en Bound Lane era la del silencio.

Todos cerrarían los labios, nadie señalaría al criminal.

Miró a Smokie, a Girbie.

Vio sus pupilas dilatadas por el temor, sus gestos contraídos. Sus cabezas se hundían entre los hombros como si así pretendiesen escapar a la realidad de que se encontraban en un coche policíaco, rodeados de policías herméticos, de «pasma» inclementes, hieráticos.

Harry cerró los ojos. No quería ver nada.

La ambulancia había desaparecido.

Pero Harry podía imaginar, calle por calle, su itinerario. Un itinerario que terminaba, indefectiblemente, en el depósito de cadáveres.

En la Morgue, Tom Murfree recibiría una etiqueta con un número, e iría a parar a un cajón frigorífico.

Sintió ganas de llorar.

Pero a través de sus párpados no se deslizó ya una sola lágrima. «Soy un hombre, no un muchacho». Tenía veintidós años, exactamente.

Y hacía tres que había abandonado la compañía de jóvenes como Smokie y Girbie.

Fue cuando un automóvil atropelló a su padre. En aquella ocasión, Tom Murfree estuvo entre la vida y la muerte.

Sanó. Pero tuvo que abandonar su empleo en los almacenes

Winwald, y tomar aquella cartera de cobrador de seguros, porque sus facultades mentales no habían salido muy bien libradas del intenso *shock* que sufriera al ser atropellado por el automóvil.

«Tal vez le hagan la autopsia», pensó amargamente.

¿Para qué era necesario hacer la autopsia a un hombre que mostraba el cráneo hundido por un tremendo golpe lateral?

El chirrido de los frenos ahuyentó sus pensamientos.

Estaban en Cowan Street.

El farol sobre la puerta indicaba que allí existía algo llamado «estación de policía». El teniente Steel le empujó sin violencia hacia afuera.

—Vamos, Harry.

Cruzaron los pasillos.

Una mujer lloriqueaba en la sala cercana. Le habían robado el monedero.

A Harry le llevaron directamente al despacho del teniente detective Steel.

Poco después, Smokie y Girbie eran empujados con brusquedad a su lado.

Los policías uniformados salieron del despacho. Pero sus siluetas podían verse fácilmente a través del cristal esmerilado de la puerta donde estaba escrito el nombre de Steel.

El teniente resopló, se sentó cómodamente sobre su silla, sacó un cigarrillo, lo encendió y sacó unos cuantos impresos.

Luego miró cansadamente a los tres jóvenes.

Tenía Steel un rostro cuadrado y enérgico, pero su nariz era fina, delgada.

Sus ojos eran de color muy claro, casi dorados. Unas pupilas diminutas, inquisitivas, perspicaces.

«Parece que quisiera taladramos con esa mirada», pensó Harry. Pero la aguantó sin pestañear.

Smokie respondió a la mirada del policía con otra insolente. Pero inmediatamente bajó los ojos.

De repente, Steel habló. Dijo sencillamente:

—Y ahora, decidme dónde está la cartera de Tom Murfree.

Harry se puso en pie.

—Escuche, teniente —gritó, conteniéndose a duras penas—. Es mi padre, el hombre al que han asesinado.

—Siéntate —ordenó Steel.

—¡No voy a sentarme, no voy a permanecer un segundo más aquí! ¿Qué se ha creído? Yo le diré lo que tiene que hacer: envíe a sus «pies planos» a Bound Lane, críbe el barrio, detenga a todos los sospechosos, y procure encontrar al tipo que asesinó a mi padre. Steel chasqueó la lengua.

—Siéntate, hijo. Estoy haciendo todo lo que tú acabas de insinuarme tan amablemente. He detenido a tres sospechosos.

—Es estúpido, absolutamente estúpido —exclamó Harry, sin poder contenerse—. ¿Cómo se atreve a pensar que nosotros...?

Steel se puso en pie y se acercó a él. De repente, la mano del policía se abatió sobre el rostro de Harry con fuerza.

Smokie se arrugó, al escuchar el bofetón.

Grandson suspiró, y miró hacia otro sitio.

Harry no se quejó. Simplemente se quedó mirando a Steel.

—Eres demasiado joven para insultarme, Harry —dijo lentamente el policía—. ¡Siéntate!

Harry dobló lentamente sus largas piernas, y se dejó caer sobre su silla.

Steel les contempló a los tres con un rictus de labios, despectivo.

Volvió a su mesa y sacó unas cartulinas.

—Harry Murfree, detenido por robo en Fuljam. Detenido por agresión y robo en Warling. Condenado a un año de prisión por atraco a un funcionario de Correos... Fred «Smokie» Smith, condenado..., condenado..., condenado... Gerald «Girbie» Grandson, cómplice de los dos anteriores... Condenado en..., condenado...

La voz del policía sonaba como la de un locutor de radio. Metálica, incansable, acusadora, sin inflexiones.

Harry fue a levantarse, a gritar un violento: «¡Cállese, bastardo!».

No lo hizo, sin embargo. Porque todo lo que Steel estaba diciendo era verdad.

—Vosotros pudisteis cometer ese crimen, Harry.

—Vosotros sois sospechosos. Los principales sospechosos para mí —declaró Steel, volviéndose hacia ellos.

Entonces... ¿no significaba nada que Harry Murfree se hubiera apartado del delito, de la vida turbulenta, de Bound Lane y todo lo que aquello entrañaba?

¿Era tan sospechoso como cualquier vagabundo, como cualquier delincuente de baja estofa?

No servía de nada. No podría salir nunca de Bound Lane.

Había estudiado, había continuado sus estudios, se había pelado las pestañas por la noche, hasta la madrugada, después de la agotadora jornada de trabajo en la cafetería, aguantando clientes iracundos, señoras estúpidas, muchachas caprichosas.

Se había apartado del crimen porque su padre se lo había pedido, se lo había rogado, le había suplicado:

—Trabaja, Harry. Bound Lane será tu perdición. Yo..., poco podré hacer por ti, excepto alimentarte. Pero no descansaré tranquilo en mi tumba si tengo la certidumbre de que mi hijo será condenado a muerte algún día..., por asesinato. El camino del crimen tiene sus grados, como una escuela, Harry. Empiezas con pequeños robos. Sigues robando, cada vez en mayor cantidad. Empiezas a despreciar el valor de la vida humana. Y luego, un día, matas para conseguir lo que ambicionabas. ¡Yo no quiero eso para ti, hijo!

Ahora, cuando Harry había ingresado en la Universidad, cuando entablaba cada día una lucha sorda y abrumadora para concluir su carrera de abogado, ahora llegaba Steel y le... acusaba de un crimen.

—Escuche, teniente. Es un patinazo absurdo. Se lo digo por su bien, por su reputación —dijo Harry, de pronto—. No olvido que nunca fue demasiado severo conmigo. Incluso me ayudó cuando decidí..., ejem..., dejar la vida de Bound Lane. Usted no cree en mí, y no se lo reprocho. Los policías tienen que sospechar de todo el mundo. Pero no siga adelante ahora, teniente.

—Un bello discurso —dijo Steel, contemplando al muchacho con atención—. ¿Qué significado tiene, exactamente, hijo?

—No he matado a mi padre, si es lo que sospecha. Quería a mi padre, y mi padre me quería. Por él dejé Bound Lane y aquella vida. No pierda el tiempo, teniente. El asesino de mi padre puede utilizarlo en su provecho. Trabajo en la cafetería Versailles. Llame por teléfono, y le dirán que no me he movido de la barra desde las tres de la tarde.

—Pensaba hacerlo, hijo —dijo Steel con desgana.

Hizo la llamada. Smokie y Girbie cada vez se sentían más acorralados. Si Harry escapaba, los tiros de Steel se dirigirían contra

ellos.

¡Cochino momento aquél en que decidieron avisar a Harry! La amistad es un sentimiento repugnante, a veces.

Pero Smokie no podía olvidar una cosa. Tiempo atrás, cuando Harry, Girbie y él mismo campaban por Bound Lane, robando donde podían, el mismo Smokie lo había propuesto, medio en broma, medio en serio a Harry:

—¿Por qué no atracar a tu viejo?

CAPÍTULO III

Se habían sentado en un pasillo, atestado de envases de madera. Olía allí a fruta en descomposición, a basuras.

Siempre que tenían que hablar en privado, Harry los reunía en las traseras del mercado de Bound Lane.

SI volumen de conversaciones y ruidos era tan amplio, que cualquier conversación mantenida a media voz podía pasar perfectamente desapercibida.

Hacía mucho tiempo del último «trabajo».

El asunto del viejo Jeremy Bumb había ido sobre ruedas.

Bumb compraba artículos robados, poseía una almoneda, ganaba buenos dólares.

En principio, Harry le había hecho una visita de cortesía.

—¿Qué tal, viejo Bumb? El negocio funciona, ¿no es cierto? Bueno, bueno, veo que la tienda está atestada de excelentes artículos. Enhorabuena. Todos debemos prosperar. Sólo hace falta buena vista, corazón y vocación para los negocios, ¿no cree, viejo Bumb?

Bumb miró a través de sus gafas al petulante y espigado muchacho que le hablaba sin dejar de tocarlo y curiosearlo todo.

Bumb había oído rumores. Rumores que hablaban de Harry, *el Guapo*, del mozalbete que había sido capaz, con sólo dieciocho años, de arrojar del barrio al violento y curtido Blaine Rogers.

Hay que tener en cuenta que Rogers era el rey de Bound Lane.

Tenía cuarenta años, era alto y fuerte, curtido en la práctica de la vida delictiva, adorado por los chulos del barrio, y odiado por todas o casi todas las mujeres de vida fácil.

Rogers tenía en marcha un lucrativo negocio: explotaba a las prostitutas. Cada una de las mujeres que operaban en Bound Lane debía someterse al mandato de Rogers: cincuenta por ciento para el *gángster*.

De cuando en cuando, la policía se llevaba a Rogers. Inmediatamente, todo Bound Lane se regocijaba. Había sonrisas disimuladas en todos los labios, y encubiertas risitas hirientes.

—Ahora podremos vivir tranquilos —parecían expresar aquellas

sonrisas.

Pero Rogers volvía, tan campante, a su barrio, unas horas después. Enviaba a algunos de sus camaradas a hacer ciertas visitas, y al día siguiente, unas docenas de camas de los hospitales estaban ocupadas por aquellos que más se habían alegrado de la detención de Rogers.

Blaine era duro, cínico e intransigente. Si alguien le estorbaba, lo quitaba de en medio.

Personas que desaparecían de repente sin dejar rastro, de las que nunca volvía a tenerse noticias.

Alguna vez, un coche policíaco penetraba en Bound Lane. Unos detectives interrogaban a Red Skander, al viejo Bumb o a Phil Kobe. Pero, ya se sabía, los interrogados eran siempre discretos. Callaban. Porque si una delación saliese de sus labios, tenían la seguridad de que Blaine Rogers se ocuparía de ellos.

Y a aquel hombre, a aquel Canalla cínico y duro, lo había arrojado de Bound Lane el muchacho que Bumb tenía en su tienda, el mismo que examinaba con interés un viejo reloj de porcelana.

Bumb no pudo evitar, por unos segundos, que la admiración se reflejase en sus cansados ojos.

¡Increíble! Pero la gente lo afirmaba: Harry *el Guapo* había dado una soberana paliza a Blaine Rogers, había desmantelado su garito y le había arrojado para siempre de Bound Lane.

Bumb miró con redoblado interés al muchacho.

Cierto que era guapo, virilmente guapo.

Pero su rostro no estaba endurecido, ni sus hombros eran anchos.

Pero Bumb tenía experiencia. Sabía que las apariencias suelen engañar.

¿Qué pretendería Harry?

Bumb no se dejaba impresionar. Era demasiado viejo.

Cierto que tenía dinero, que había amasado casi una fortuna, con sus trapicheos al margen de la ley.

Pero no era avaricioso. Si hacía una vida corriente, si escatimaba cinco centavos, era sencillamente porque para Bumb habían pasado los años en que hubiera podido y deseado gastar el dinero a manos llenas. Y por aquellos tiempos, Bumb era pobre como las ratas.

—¿Qué te trae por aquí, Harry? —preguntó suavemente, al tiempo que tomaba de sus manos el precioso reloj de porcelana.

—Poca cosa, viejo. Tengo un negocio en perspectiva, un buen negocio, diría yo. Sólo que...

—No digas más: necesitas «financiación».

—Exacto —sonrió Harry—. Una miseria.

—¿Con cuántos números se escribe esa miseria? —preguntó, cauto, el viejo Jeremy Bumb.

Harry lanzó una carcajada.

—Necesito cinco mil. Pero, eso sí —se apresuró a aclarar, al observar el gesto de Bumb—, habrá un buen pellizco para mi «financiero»: mil dólares. Devolveré la «pasta» en menos de un mes. Bumb se alejó lentamente hacia su mostrador, y apoyó las manos en él.

En el estante inmediatamente inferior, Bumb tenía un revólver de seis tiros.

—Escucha, hijo. Por mi tienda pasan centenares de personas que necesitan un socio «financiero». Pero yo soy zorro viejo: sé que no existen tales negocios. Todos piensan en el viejo Bumb, solitario, achacoso e indefenso. Para sacarme dinero. En lugar de tina pistola, emplean palabras. Pues bien, Harry. No hay dinero. No presto ni regalo dinero a nadie.

Harry se volvió bruscamente hacia él. Al advertir el movimiento, Bumb dio un respingo y agarró el revólver.

—No hablo en broma, Harry. No tendrás mi dinero —dijo el anciano, con voz firme.

Harry se acercó despacio, las manos a la vista.

—Caray, viejo. Ése es un excelente cacharro. Sí, ahora lo recuerdo: ese «Colt» lo utilizaba Sam Paget. Con él mató al sargento Preston, de la policía. Le clavó seis balas en el vientre y se largó. Todavía están buscándole. Estoy seguro de que el mismo Sam vino aquí, a venderle el revólver, ¿eh? Si la policía le encontrase esa «pipa», viejo, su salud empeoraría rápidamente. ¿Duda de que digo la pura verdad? Dele la vuelta al «Colt»: verá una muesca en forma de cruz, en el extremo de la culata.

Impresionado a su pesar, Bumb obedeció.

Es decir, volteó el revólver y miró con curiosidad la culata.

Harry alargó velozmente la mano y, de un tirón, arrebató el revólver a Bumb.

Ante la consternación del anciano, Harry lanzó una carcajada.

—Caray, viejo. Nunca imaginé que engañarle fuera tan fácil — exclamó, de buen humor—. ¿De verdad está cargado? Ah, sí, el viejo Bumb no miente. El viejo Bumb es desconfiado, un tipo con experiencia.

Bumb había retrocedido, con el espanto en los ojos.

—¡No..., no dispaes, Harry! ¿Cuánto..., cuánto quieres? — murmuró.

La reacción de Harry le dejó estupefacto.

Con gran habilidad, el muchacho abrió el tambor del revólver, dejó que los cartuchos cayeran sobre la palma de su mano y, acto seguido, lanzó el revólver a las manos de su dueño.

Pero a Bumb el arma se le fue de las manos.

—Sí, viejo, aunque no puedas creerlo. No he venido a robarte. Sólo a pedirte dinero.

Pero ya veo que no te gusta el papel de «financiero». Adiós.

Antes de que Bumb hubiera podido articular una palabra, Harry había desaparecido. Aquella misma noche, Smokie, Girbie y Harry penetraron en el almacén del viejo Bumb.

Lo hicieron por el tejado, abrieron un agujero y descendieron por una cuerda hasta la tienda.

No les costó gran esfuerzo encontrar la caja de caudales en la que Bumb guardaba su dinero, porque conocían sus costumbres.

La caja, metida dentro de una bolsa de plástico, estaba en el fondo de una tina llena de agua sucia.

Al día siguiente, Harry llegó hacia el atardecer a la tienda de Jeremy Bumb.

Sonreía.

—¿Qué tal, viejo? Ya lo ves: no necesité tu préstamo. ¿Ves mi traje nuevo? Me ha costado cien dólares, pero los vale. También estoy pensando en comprarme un coche de ocasión, tal vez lo haga. ¿No me pregunta nada, Bumb? Bueno, realicé el negocio, incluso sin su ayuda. Fue fácil y sustancioso.

A Bumb le temblaron las gafas.

—Condenado mocos, aún te has atrevido a venir aquí. Hablas de negocios, y sólo eres un rompetejados. ¡Tú fuiste quien robó mi caja de caudales!

Por toda respuesta, Harry lanzó una alegre carcajada.

—¡Te denunciaré, tendrás que comparecer ante la policía! Te

meterán por unos años a la sombra. Los tipos como tú sólo merecen pudrirse entre rejas. ¡Te acordarás del viejo Bumb!

Harry le dio la espalda olímpicamente, y salió de la tienda.

No sentía el menor temor.

Porque sabía que Bumb jamás le denunciaría. El viejo tenía tantas cosas que ocultar como cualquier habitante del barrio.

Tendría que dar por perdidos sus cuatro mil dólares, y resarcirse comprando objetos robados a más bajo precio.

Pero el dinero que se encuentra fácil, fácilmente se va.

Tres meses después, ni Smokie ni Grandson, ni el propio Harry, disponían de un centavo. Grandson apuntó la idea de volver por la tienda de Bumb. Pero Harry desaprobó el plan inmediatamente.

Aquel verano, Bumb estuvo a punto de morir abrasado en su tienda.

Había dejado el infiernillo encendido, después de prepararse su frugal almuerzo. El viento empujó unos papeles sobre el fuego y...

Los bomberos tardaron mucho en llegar, pero no Harry y sus camaradas.

De todas formas, la casa, mitad de madera y ladrillos, estaba ardiendo por los cuatro costados.

Las ventanas y las puertas arrojaban un torbellino de fuego y chispas.

—Estás loco, Harry. ¡Al diablo el viejo! No podemos entrar —gruñó Smokie, miedoso.

—Si —respondió Harry. Y señaló el tejado—. Por ahí entramos en otra ocasión. ¿Por qué no repetirlo?

Lo repitieron. Y sacaron al viejo Bumb, cuando ya las llamas habían prendido en sus ropas.

Bumb salió ileso. Llevado en brazos por los tres muchachos, salió a la calle cuando los bomberos comenzaron a arrojar sus chorros de agua sobre la vieja edificación en llamas.

Unos días después, Harry vio a Bumb. El viejo llevaba una maleta en la mano.

—He comprado una casita en Littleboat, Harry. Tengo algunos ahorros, y viviré tranquilo, de ahora en adelante. Gracias, Harry. Eres un gran hombre.

Harry sonrió, complacido. Apretó la mano de Bumb, y dijo únicamente:

—Buena suerte, viejo.

Pero el dinero se había terminado. Entonces fue cuando Smokie dijo aquello:

—¿Por qué no atracar a tu viejo?

Harry le miró un momento. Ya estaba alzando la mano, cuando Grandson comentó:

—Sería una buena idea. Nada de golpes, nada de esas tonterías. En Bound Lane hay muchos rincones oscuros, en cuanto llega la noche. Un pañuelo empapado en cloroformo y ¡zas! Le quitamos la cartera, y asunto concluido. Un momento después, tú pasas por allí, le recoges y te lo llevas a la comisaría. Nadie sospechará...

—¡Cállate! —rugió Harry.

Ni Smokie ni Grandson se atrevieron a seguir.

Sabían que Tom Murfree recaudaba, a veces, hasta dos o tres mil dólares, una cantidad ciertamente sustanciosa.

Pero si Harry no quería...

—No puedo hacer eso, aunque mi padre no sufriera ningún daño. El... está «sonado».

¿No veis su cara inexpresiva, sus manos torpes, temblonas? Desde que le atropellaron...

De pronto, lo recordó con claridad absoluta.

Tom Murfree fue atropellado en Farmers Road, el mismo día en que una furgoneta blindada fue atracada en una sucursal bancaria cercana.

Había sido un buen golpe: trescientos mil dólares. En dinero muy usado, dispuesto para ser utilizado en la Reserva Federal.

Un golpe con el que el propio Blaine Rogers había soñado muchas veces, Harry lo sabía muy bien.

—Serían tal vez tres mil dólares, Harry. Nos sacarían del apuro... —susurró Smokie.

Harry le agarró por la sobada chaqueta de cuero, y le zarandeo brutalmente.

—Si vuelves a mencionarlo, Smokie... ¡te mato!

Smokie jamás volvió a referirse a aquel asunto.

Pero... ¿por qué no pensar que Grandson y él lo habían llevado a la práctica, sin su colaboración?

El asesinato y el robo de la cartera de Tom Murfree se habían llevado a cabo siguiendo un plan semejante al que Smokie había propuesto, tiempo atrás.

Se ponía fuera de combate al cobrador, se le robaba la cartera e, inmediatamente, se denunciaba el hecho a la policía para evitar sospechas.

Pero las diferencias de uno a otro caso eran dramáticas: no se había empleado cloroformo, sino una barra de hierro o algo parecido.

Y Tom Murfree había muerto.

Sin poderlo evitar, Harry miró a sus antiguos camaradas, con desconfianza.

¿Era posible que Smokie y Grandson hubieran cometido el salvaje asesinato?

No, no podía creerlo. Smokie y Girbie eran delincuentes habituales, pero jamás habían asesinado.

Pero el tiempo había transcurrido. Tom Murfree decía que la escuela del crimen tiene varios grados.

Quizá Smokie y Girbie habían ascendido algunos peldaños en su categoría criminal, a lo largo de aquellos años.

Tal vez se habían endurecido lo suficiente para...

—Está bien, Harry —las palabras de Steel alejaron sus pensamientos—. Tu coartada es excelente. Dispones de una docena de personas que se dejarían matar, si fuera necesario, con tal de declarar a tu favor. Dicen que estuviste allí, en la cafetería, desde las tres hasta las nueve, en que pediste permiso para salir.

—Se lo advertí, teniente. Creo que eso aclara las cosas —respondió Harry, aliviado en cierto modo.

—Sólo en parte... para mí, Harry. Sé que no mataste a tu padre. Pero pudiste organizar el trabajo de forma que nadie pudiese acusarte. Pudiste, por ejemplo, convencer a Smokie y a Girbie de que lo hicieran ellos. Podrías aducir, por ejemplo, que te repugnaba golpear con un hierro a tu padre hasta matarle; pudiste...

CAPÍTULO IV

Del exterior llegó el rumor de unos gritos escandalosos.

De repente, la puerta se abrió, y uno de los policías uniformados penetró en el despacho.

—Es un tal míster Arnold Pipeskill. Ha preguntado por usted, teniente. Cuando le dijimos que debía esperar, se ha enfurecido. ¿Qué hacemos con él?

Steel pareció meditar un instante.

Luego miró a Harry, a Smokie y a Girbie, y sonrió levemente.

—Dígale que pase.

Míster Pipeskill penetró en el despacho, con los escasos cabellos rojizos alborotados y un genio de todos los diablos.

Murmuraba algo así como «estos individuos de uniforme», cuando el teniente Steel le interrumpió secamente:

—Siéntese.

—¿Teniente Steel? —Gruñó Pipeskill—. Creo que deberían enseñarle buenos modales a sus agentes. Me han agarrado, me han zarandeado, me han tratado como a un maleante. Uno tiene sus derechos, ¿no es cierto? Por otra parte, usted me citó aquí, ¿verdad? Quise entrar y, ¿qué hicieron? Me obligaron a retroceder, a entrevistarme con un sargento, que me preguntó nombre, dirección, profesión y no sé cuántas memeces más...

—Cállese —ordenó Steel, con brusquedad—. ¿Es usted míster Arnold Pipeskill?

—¿Quién quiere que sea, si no? En verdad, todo esto me parece...

—Tengo entendido que es usted el delegado de la compañía Sweet Peace Co., dedicada a seguros de pompas fúnebres. Thomas Murfree trabajaba para usted, en calidad de cobrador, ¿no es cierto?

—Lo es. Pero...

—Quiero conocer algunos detalles sobre Murfree, míster Pipeskill. Horario de trabajo, trayecto de hoy, cantidad aproximadamente que llevaba en su cartera, domicilios que visitó...

Pipeskill arrugó el entrecejo.

—Oiga, oiga, teniente. Empiezo a sospechar que a ese estúpido de

Murfree le ha ocurrido algo. ¿Tal vez intentó fugarse con el dinero? Harry se estremeció al oírle. Sus puños se crisparon, y sus dientes rechinaron. Sólo con un tremendo esfuerzo de voluntad, consiguió dominarse.

Advirtiéndolo, Steel se alzó de la mesa, y se acercó al rechoncho Pipeskill.

—¿Por qué lo piensa, por qué sospecha que Murfree pudiera fugarse con el dinero recaudado?

Pipeskill distendió los delgados labios despectivamente.

—Bueno, creo que Murfree nunca tendría valor para ello, pensándolo bien. Era un inválido, un disminuido mental, ¿comprende? En realidad, no sé por qué le admití en la empresa. Cualquiera de los jóvenes que tengo en mi oficina realizaría mejor y más rápido el trabajo de Murfree.

—Bien, dígame el itinerario que debía llevar su empleado, y la cantidad aproximada a cobrar.

Pipeskill pronunció los nombres de algunas calles, próximas a Bound Lane.

—En cuanto al dinero... Sí, unos cinco mil dólares, aproximadamente. Pero todavía no me ha dicho qué es lo que sucede.

El teniente Steel se lo dijo.

Tom Murfree había sido hallado, hacia las ocho y media de la noche, en un recodo de Bound Lane.

Su cráneo estaba hundido. Había muerto, apenas media hora antes.

Al oírle, Pipeskill se levantó, excitado y furioso.

—¿Sabe qué es lo que le digo, teniente? Me importa un ardite lo que le haya ocurrido a Murfree. ¡Lo que me interesa es mi dinero! ¿Dónde está la cartera? ¿La han encontrado?

Harry se puso en pie lentamente.

Pipeskill apenas se había dado cuenta de la presencia de los tres jóvenes.

Por eso la acción de Harry le pilló desprevenido.

Cuando pudo darse cuenta, el muchacho había saltado sobre él como una pantera, y le golpeaba a velocidad fulminante.

Los cantos de las manos de Harry eran muy duros.

El sabía muy bien adónde dirigir los golpes para matar a un hombre.

Pipeskill recibió un golpe cortante en el cuello, e inmediatamente el color huyó de su rostro.

Quiso respirar y no pudo.

Sus piernas se doblaron. Pipeskill se deslizó al suelo, apoyado en la pared.

Entonces las manos de Harry hicieron presa en su cuello.

—¡Maldito, maldito! —murmuraba, con el rostro deformado por el odio.

Steel tuvo que golpearle en la nuca hasta tres veces antes de que los brazos de Harry se aflojasen.

Harry gimió apenas, y se derrumbó sobre Pipeskill, que resoplaba como un bisonte, en el suelo.

Smokie y Girbie se miraron entre sí.

Steel parecía distraído, la ventana, sin rejas, estaba entreabierta. Se encontraba en la planta baja.

Luego un empujón a Steel bastaría. Una corta carrera hasta la ventana, un pequeño salto y...

Pero no, no se decidieron. ¿Por qué tenían que huir, si eran inocentes? Sólo su psicología de delincuentes les empujaba a huir, a huir, irrazonablemente.

Steel llamó a gritos a uno de los agentes.

Más tarde entró un sargento vociferante y enorme, que se ocupó de llevar a Harry a los lavabos.

Tambaleándose, casi inconsciente, Harry volvió irnos minutos después, auxiliado por el sargento.

Pipeskill vociferaba y vociferaba. Pero ahora le costaba mucho más esfuerzo hacerlo, porque su garganta estaba enrojecida, lastimada.

—¿Se da cuenta, teniente? Carne de presidio. Conque éste es el hijo de Tom Murfree, ¿eh? Es lógico. Escuche, teniente: voy a presentar una denuncia, por intento de homicidio, contra este... este individuo.

El teniente le miró tan fríamente, que Pipeskill no se atrevió a seguir hablando.

—Escúcheme de una vez por todas, Pipeskill. El mundo no está a sus pies, ¿comprende? No puedo aprobar la actitud de Harry, pero su reacción tiene una justificación: usted le ofendió gravemente. Desdeñó el hecho, de que su padre haya muerto esta misma noche, apenas hace hora y media. Porque a usted sólo le interesa de Tom

Murfree la cartera que llevaba.

—Eso es —asintió Pipeskill.

Steel apenas pudo disimular la repugnancia que el individuo le inspiraba.

—Voy a pasar por alto lo sucedido en mi despacho. No aceptaré ninguna denuncia suya, Pipeskill, excepto en lo relacionado con el asesinato de Murfree. Ahora puede marcharse. En cuanto tenga alguna noticia, relacionada con su dinero, le avisaré.

Pipeskill abrió los labios para hablar. Pero la actitud del oficial de policía le obligó a desistir.

Cuando el delegado de la Sweet Peace hubo desaparecido, Steel volvió a su silla, Harry gemía sordamente. Y no eran los golpes del teniente lo que le dolían.

Pipeskill había insultado a su padre... muerto. Debería..., debería haber sido más expeditivo y... haber matado a Pipeskill, sin la menor piedad.

Steel se había puesto en pie de nuevo. Tenía un cigarrillo en los labios y una mano apoyada en el hombro derecho de Harry.

—Domínate, muchacho. Yo también detesto a las personas como Pipeskill. Pero has estado a punto de cometer algo gravísimo. Una vida humana posee un valor incalculable.

Y tanto vale la de un hombre como la de otro, te guste o no.

De repente, Harry irguió la cabeza con ira.

—Entonces... ¡¡encuentre a la persona que acabó con la vida de mi padre!! —gritó. Luego, su voz se suavizó—. Escuche, teniente. Mi padre estaba mejorando. Podía utilizar ya, aunque parcialmente, su memoria. Yo mismo le acompañaba, dos días por semana, a la consulta de un especialista, de un psiquiatra. Mi padre estaba siguiendo un tratamiento, mejoraba. Su cerebro se recuperaba día a día. Pero ahora..., ahora está muerto.

Todos sus músculos temblaban, y su rostro joven y atractivo se había crispado, en un rictus de profunda desesperación.

Pero Steel hablaba con voz serena, convincente.

—Es una desgracia, Harry. Pero encontraremos al hombre que le mató. Lamentablemente, ello no devolverá la vida a tu padre. Sólo podemos confiar en la justicia. Yo tengo que cumplir con un deber. Y por desagradable que sea, debo afrontarlo. Te he interrogado, como a un malhechor, sí. Pero debo hacerlo. Porque soy un policía,

y ése es mi deber. Creo, en verdad, que no eres culpable. Pero debo eliminar sospechosos de mi lista. Después, todo será más fácil para mí.

Harry se había calmado un tanto.

Entonces, Steel volvió la cabeza hacia Smokie y Girbie, que aguardaban en sus asientos, sin murmurar una palabra.

—En cuanto a vosotros, ¿cuál es vuestra coartada, si es que la tenéis? —preguntó con dureza.

Smokie y Girbie se pusieron en pie inmediatamente.

—Teniente, nosotros... Somos amigos de Harry. ¿Cómo íbamos a hacer algo tan monstruoso? —gimió Smokie.

—El confía en nosotros. Pregúntele, teniente. Habla, Harry, por favor. ¿Verdad que nunca has pensado que Smokie y yo hubiéramos podido hacer..., bueno, ya sabes? ¿No es verdad? ¡Díselo al teniente!

Harry alzó los ojos.

Y les miró a los dos.

Comprendió, de una vez, instantáneamente, que tampoco Smokie y Girbie eran tan fuertes y tan duros como trataban de aparentar. Igual que él mismo.

Y vio también que ellos eran sus amigos. Delincuentes, golfos, sin oficio, vagos, holgazanes, pero no asesinos.

—Claro que no. Sois mis amigos. Lo fuisteis y seguís siéndolo. Ellos fueron a avisarme, teniente —habló Harry forzadamente.

—Muy bien. Pero quiero saber dónde estuvisteis —exigió Steel, sin dejarse ablandar.

—Bronzzano hablará, Bronzzano dirá que estuvimos allí desde las cinco...

—... Fumando marihuana, ¿verdad? —terminó Steel, con sarcasmo

—. Me gustaría darle un escarmiento a ese granuja de Bronzzano...

En fin, ya veremos.

No habló por teléfono, sino que dio órdenes para que un autopatrulla se dirigiera al tugurio de Giuseppe Bronzzano.

Smokie y Girbie Grandson aguardaron, en inaguantable y dramática tensión, que duró no menos de treinta minutos.

Steel había dejado un paquete de cigarrillos sobre la mesa, con un descuido:

—Podéis fumar.

Smokie y Girbie se lanzaron hacia la mesa, con ansiedad. Los cigarrillos, arrugados, fueron encendidos inmediatamente.

Fumaron ansiosamente. Porque necesitaban tranquilizar sus nervios, tensos como cables de acero.

Luego, el sargento gordo y voluminoso golpeó suavemente la puerta y entró.

—¿Qué? —preguntó únicamente Steel.

—Bronzzano y otros cinco individuos han afirmado que Grandson y Smokie estuvieron allí hasta las ocho, teniente. Al parecer, Smokie trató de armar jarana por una muchacha. Así que su presencia no pudo pasar desapercibida.

Steel aplastó su cigarrillo sobre un cenicero rebosante, y expelió el humo hacia la lámpara que colgaba del techo.

—Tenéis suerte —dijo, mirando fijamente a Smokie y su compañero—. Por eso, he decidido dejaros en libertad. No podréis abandonar la ciudad, y deberéis permanecer en lugares donde se os pueda encontrar, en cualquier momento. Todo depende del informe del forense. Si Tom Murfree murió luego de las ocho... Bueno, creo que os voy a apretar las clavijas a modo. Si murió antes, podréis vivir tranquilos. Hasta que os eche la mano encima la próxima vez. Marchaos.

Smokie y Girbie se miraron entre sí.

En realidad, no podían creer todavía en su buena suerte. ¿Libres?

Miraron un momento a Harry, y murmuraron unas palabras que Steel no pudo entender.

Cuando los dos muchachos abandonaron el despacho, Steel se acercó a Harry.

—Puedes irte —dijo.

Harry alzó lentamente la cabeza, y le miró. Sus ojos estaban hinchados y enrojecidos.

—¿Qué piensa hacer, teniente? —preguntó.

Steel le miró. Su expresión denotaba un esfuerzo por hacer acopio de santa y resignada paciencia.

—Tú me conoces bien, Harry. Aunque hayas olvidado que te envié a prisión, hace algunos años. Cumpló con mi deber hasta el final. Si humanamente es posible descubrir al asesino de tu padre, lo haré. Pero te advierto: nada de violencias. Vuelve mañana a la cafetería Versailles, y sigue el camino que te propusiste.

Hizo una pausa, miró hacia la ventana y terminó cansadamente:

—Te he tratado con dureza hoy, Harry. He querido demostrarte que tu anterior vida no valía un centavo. Interrogatorios, detenciones, angustias... Tú estás bien en tu trabajo, estudiando duro y haciéndote tu porvenir. No te interesa volver con Smokie y Girbie. Sigue tu camino, Harry. Ojalá que no tenga que citarte aquí de nuevo.

Harry se puso en pie.

Le dolía la cabeza. Steel tenía fuerza. Y unas manos muy duras.

—Vete —dijo el policía.

Harry se dirigió a la puerta, abrió lentamente y salió.

CAPÍTULO V

De las puertas del Chrystal *Light* brotaba un chorro de luz. La música rítmica, sincopada, llenaba la calle.

Más allá, en el quiosco de Ripper, como intentando pasar desapercibidos, estaban Smokie y Girbie.

Pero Harry no los vio hasta que empezó a torcer la esquina.

Eran las diez. Hacía frío. Y la condenada niebla parecía penetrar en los huesos.

—Harry...

Se volvió y les miró. Hubo un segundo de indecisión. ¿Por qué no seguir adelante?

—Ven aquí, Harry. No vamos a abandonarte ahora, aunque malditas las ganas que tenemos de líos, después de lo de esta noche

—dijo Girbie, con amargura.

A pesar de todo, Harry se sintió conmovido.

Siguió a Girbie, y se aproximó a la barra del quiosco de Ripper.

—Harry, el teniente ha tratado de envolvernos. Pero, recuérdalo, no ha podido con nosotros —dijo Smokie, todavía tembloroso, pero haciendo un extraordinario acopio de valor y caradura.

Harry no dijo nada. Girbie había puesto ante él un *grog*. Se lo llevó a los labios y se quemó.

Pero estaba bueno, caliente. Y confortaba su ánimo.

Smokie seguía hablando y hablando. Despotricaba contra el teniente Steel. Harry sabía que Smokie encontraba un cierto desahogo a sus nervios, haciéndolo.

—Podemos ayudarte, Harry. Porque suponemos que esto no va a quedarse así —dijo Girbie Grandson.

Girbie era rudo, grande y lento. Pero noble.

—¿Qué pensáis que voy a hacer? —preguntó con lentitud.

Al alzar los ojos, vio a Jim Hawkes, que sorbía lentamente una copa de coñac, al otro lado del reducido quiosco.

Y Hawkes estaba observándole con disimulo, Harry pudo advertirlo claramente.

Hawkes era fornido, de mediana estatura. Tenía un rostro redondo,

grasoso, casi barbilampiño y empezaba a quedarse calvo.

Tenía los ojos muy pequeños y juntos. Malignos. Nariz achatada, cejas espesas y labios gordos.

Andaba siempre por los alrededores de Bound Market, y algunos pensaban que explotaba una especie de negocio de protección. Un negocio de una sola persona, porque Hawkes jamás se unía a nadie.

«Un lobo solitario... y peligroso», pensó Harry.

Para él, Hawkes no era más que un enfermo mental, un tipo desquiciado de los nervios, violento e incontrolable.

¿Por qué le espiaba, por qué seguía observándole, con mal disimulado interés...?

—¿Qué vas a hacer, Harry? —insistió, en ese momento, Smokie.

—No seas ingenuo, Smokie —terció Girbie, con aplomo—. Claro que se «cargará» al fulano que mató a su padre. Harry sabe lo que se hace. Conoce el barrio muy bien. Y a todos los que viven en él. Harry hará lo que debe hacer. Y contará con nosotros, que somos sus únicos amigos, ¿verdad, Harry?

Harry asintió, distraído.

Del Chrystal *Light* salieron dos mujeres, muy ligeras de ropa.

Harry vio su gesto temeroso, y se encogió de hombros. Un momento más tarde, un auto-patrulla apareció por la esquina de Rentrey Street.

Jim Hawkes se encogió sobre sí mismo. Oculto tras otros dos parroquianos, Jim dejó unas monedas sobre el zinc, y se escurrió hacia la oscura McVee Street.

«Ese pájaro —pensó Harry—. Es posible que esta misma noche haya abusado de una menor. Por eso tiene miedo».

El coche patrullero estuvo estacionado cinco minutos ante el quiosco de Ripper. Harry reconoció a los dos policías que lo ocupaban, pero no sintió la menor inquietud.

En cambio, Smokie y Girbie procuraron, por todos los medios, arrancarle de allí, en cuanto el coche de la policía desapareció hacia River Side.

—Cuenta con nosotros, Harry. Tendrás que enterrar al viejo, ocuparte de todo. Girbie y yo estaremos contigo —se ofreció Smokie, con voz temblorosa.

Harry dio las gracias. Pero un momento después, se separaba de ellos.

—Tal vez vaya mañana a Market Bound. Os veré, hablaremos. Ahora necesito estar solo —dijo.

Smokie insistió, pero Girbie le tomó bruscamente por los hombros, y se lo llevó hacia McVee.

Esperó unos minutos hasta que los dos jóvenes se alejaron. Podía imaginar hacia dónde se dirigían, sin necesidad de hacer un gran esfuerzo mental.

Irían al tugurio de Giuseppe Bronzzano, le palmearían la espalda al italiano, y fanfarronearían durante un rato acerca de su aventura en la calle Cowan.

«Esos “pasma” no pudieron nada contra nosotros, Harry está salvado, también le echamos una mano», diría Smokie.

Harry echó a andar.

Pensaba en su padre. Un pobre hombre, un obrero, un trabajador incansable, un hombre honrado, por vida.

Sally, su esposa, había muerto de un parto. El segundo. Después, Tom y Harry vivieron solos, terriblemente solos.

—Pobre padre mío —murmuró.

Las lágrimas corrían, abundantes, por sus mejillas.

Pero la vida había enseñado a Harry Murfree que las lágrimas no arreglan nada. Por eso se secó las lágrimas con un brusco manotazo. Prometió no volver a llorar.

No lejos de allí, en una cómoda vivienda de las que se alzaban al límite del barrio, estaría Arnold Pipeskill relatando a una esposa, gruesa y vulgar, su aventura de aquel día:

«Figúrate que a Murfree le han matado. ¡Pobre diablo! Pero no me sirve de consuelo. La compañía va a perder cinco mil dólares. Y todo caerá sobre mis espaldas, Maggie, ¿te das cuenta? Pero sólo yo tengo la culpa... ¡dar trabajo a un tipo como Murfree, un inválido, un deficiente mental...!».

Los pasos de Harry le llevaban hacia Bound Lane.

El callejón seguía un trazado muy irregular.

Partía en dirección oblicua de Rentrey Street, describía un ángulo muy cerrado a la derecha, y volvía a torcer hacia la izquierda, terminando en el mercado.

Sólo había puertas y ventanas en el último tramo. Es decir, en las proximidades del mercado.

En el último recodo había sido hallado el cadáver de Tom Murfree.

La niebla se había hecho más espesa, más impenetrable aún. El callejón estaba invadido por una especie de claridad lechosa, amarillenta.

Por un momento, Harry se sintió traspasado por una vaga sensación de irrealidad.

Aquellos muros habían visto al asesino. Las mudas paredes de ladrillos, eternamente húmedas y viscosas, habían asistido a los últimos minutos de la vida de un hombre bueno y resignado llamado Tom Murfree.

Pero Harry no quería revolcarse en su dolor. Si había caminado hacia Bound Lane había sido porque su instinto le guiaba hacia el tortuoso callejón.

Por eso se detuvo en el recodo, justo en el lugar donde había sido encontrado el cadáver de su padre.

Ahora no se oían ya las risas femeninas que escuchara unas horas antes. La calle permanecía en religioso silencio.

El silencio que acompaña a la muerte. Silencio total, absoluto.

Harry sacó una carterita de fósforos, y rascó uno. No esperaba encontrar nada sustancial, porque sabía que los «cops» habían registrado el lugar. También los fotógrafos habían disparado sus *flash* en el recodo.

Todos habían hollado el callejón aquella noche, todos habían pisoteado los desiguales y húmedos adoquines.

Pero a la luz de la cerilla que Harry mantenía entre sus dedos, brilló algo que parecía una lágrima.

Era apenas un cristal. De forma redondeada.

Harry lo tomó entre sus dedos, y aquella cosa se escurrió y cayó al suelo.

La recogió con una maldición contenida.

El fósforo resbaló entre sus dedos.

Entonces, Harry anduvo hasta el farol de la esquina.

Una sombra se puso en marcha tras él. Tan pegada al muro, que se confundía con los descoloridos ladrillos.

Intrigado hasta el límite, Harry observó el diminuto objeto.

Una exclamación salió de sus labios.

La lente era diminuta, apenas mediría ocho milímetros de diámetro. Era una lentilla, una lente de contacto, de las que usan las personas miopes, que no desean utilizar las gafas. Harry se recostó en el

muro. La sombra que le había seguido se aplastó en las tinieblas del recodo.

Harry pensaba laboriosamente.

Una lentilla.

Su padre no usaba lentillas. Si algo quedaba bueno en Tom Murfree era su excelente vista.

¿Restaba alguna posibilidad razonable de que uno de los policías o los fotógrafos hubieran perdido el diminuto adminículo?

Harry denegó inmediatamente con la cabeza.

—La perdió el asesino. Tal vez mi padre advirtió su ataque. Quizá se revolvió, lucharon y...

Dio un codazo, y se separó del muro.

Se sentía intensamente excitado. ¿No era valioso su hallazgo? ¿Qué diría Mark Steel, si pudiera tener aquella pequeña lente entre sus dedos?

Debía haber escuchado la respiración sibilante, el rumor arrastrado de los pasos.

Pero no escuchó nada. Estaba demasiado interesado en su hallazgo, en calcular las posibilidades que la pequeña lente de contacto podía aportar al fin que le había llevado a Bound Lane.

Sólo cuando aquel estertor resonó muy cerca de él, Harry comprendió que el peligro estaba próximo.

Quiso gritar su asombro, su miedo. Pero el grito murió en la garganta.

La luz del farol se reflejó en la hoja ancha y brillante del cuchillo.

Harry saltó de costado, pero el acero desgarró su anorak, y trazó una herida en sedal desde la tetilla izquierda hasta la cintura.

Ahora sí gritó. De dolor. De angustia.

Con los ojos muy abiertos y la mano izquierda palpando el lugar de donde comenzaba a manar la sangre tibia, Harry retrocedió.

Desesperadamente, buscó una puerta a la que llamar. Pero sólo encontró el muro liso, viscoso y frío.

Entonces el hombre que le había atacado avanzó lentamente hacia él.

Su rostro quedaba en sombras.

«No tiene rostro», pensó Harry.

CAPÍTULO VI

De repente, el asesino saltó sobre él. Un gorgoteo inarticulado salía de entre sus labios.

Harry le estaba esperando. Había puesto todos sus músculos en tensión. Sólo debía controlar sus nervios, aguantar sus urgentes ansias de seguir gritando sus miedo.

Aguardar, ¡aguardar hasta el momento propicio!

El acero avanzaba en trayectoria curva hacia su vientre, cuando Harry alzó salvajemente la pierna derecha.

La puntera de su bota chocó contra el rostro de su contrincante, de forma contundente.

El cuchillo volteó en el aire, y rebotó sobre los adoquines del piso.

El hombre estaba de bruces en el suelo, medio atontado por el golpe.

Harry saltó sobre él, y huyó por el callejón hacia Market Bound.

Pero apenas hubo corrido veinte metros, escuchó tras sí el jadeo del otro. Harry se mordió los labios.

«Debí dominar mis nervios, recoger el cuchillo», se dijo mentalmente.

Pero ya no tenía remedio.

El hombre que había intentado matarle, seguía arrastrándose detrás de él, ansioso por consumir su propósito.

¿Qué hacer?

Cerca ya del mercado, Harry divisó la puerta, siempre discretamente entreabierta del local de *mademoiselle* Luciette.

No lo pensó. De repente, frenó su carrera y se incrustó en el vano de la puerta.

Avanzó unos centímetros el rostro, y miró.

El asesino corría pesadamente por la callejuela.

Harry giró sobre sus talones, penetró en el oscuro zaguán, y empujó la puerta de cristal esmerilado.

¿Cuánto tiempo hacía que no penetraba en el negocio de Luciette?

Años enteros, pero ahora lo necesitaba como escondrijo.

Claude, el gigantesco encargado de imponer paz en el

establecimiento, le saludó con un leve movimiento de cabeza.

Harry avanzó por el pasillo, y llegó al *escaparate*.

—¡Harry! —exclamó la propia Luciette, poniéndose en pie—. ¿De dónde sales? ¡Estás terriblemente desencajado!

Harry se dejó caer en un diván.

Las muchachas, maquilladas cuidadosamente, le miraron con curiosidad.

Harry tomó un cigarrillo de la cara pitillera de mármol rosa, lo encendió con un pesado encendedor de plata, y aspiró el humo con ansia.

—Mi padre ha muerto —confesó con voz enronquecida—. Le mataron esta misma noche, hace unas horas. Y precisamente en Bound Lane, en el segundo recodo.

Las «chicas» abrieron mucho la boca, y se acercaron más a Harry.

Algún tiempo atrás, Harry tenía «patente de corso», en casa de Luciette Fayeux.

Porque Luciette siempre estaba bien dispuesta a congraciarse con el hombre capaz de dominar a un barrio entero.

—Luciette, vosotras debéis saber algo —jadeó Harry, entre chupada y chupada a su cigarrillo—. A mi padre le hundieron él cráneo de un golpe. Muy cerca de aquí, ya lo sabes. Seguramente, sus gritos serían audibles desde esta casa, Luciette. Tal vez visteis a algún sospechoso. Es más fácil perderse por la salida del mercado. Hacia Rentrey hay más gente. Un asesino no podría pasar desapercibido, huyendo hacia allí. Pero...

Mademoiselle apretó los labios.

—Lo siento de veras, Harry. Lo siento mucho, pero ninguna de nosotras vio ni oyó nada —dijo.

—Pero, Luciette. Las ventanas de esta casa están cubiertas por persianas. Yo sé que, muchas veces, antes de abrir la puerta, atisbáis a través de la persianas...

Su insistencia no valió de nada. Harry sabía muy bien que a *mademoiselle* le encantaba fisgar lo que ocurría en Bound Lane. Y que, de hecho, se pasaba muchas horas tras las persianas. Pero...

—Ya te lo he dicho, Harry. Nadie vio nada. Por lo demás, sabes que prefiero siempre no complicarme la vida. Mi negocio marcha bien. Eso es todo. Si quieres descansar, hazlo. Como antes... Lo demás...

Harry se puso en pie, y aplastó rabiosamente el cigarrillo sobre un

cenicero de cristal de roca.

Las «chicas» le rodeaban. Todas habían oído hablar de Harry, el jovencuelo que arrojara de Bound Lane a un tipo tan peligroso como Blaine Rogers. Además, Harry era joven y guapo.

El muchacho lo pensó rápidamente.

No le interesaba salir inmediatamente a Bound Lane, la casa de Luciette sólo disponía de una salida. A la callejuela, precisamente.

Recordaba, sin embargo, que el patio, el pequeño jardín de la casa, estaba cerrado por un alto muro.

Tal vez aquel muro limitase con el mercado de Bound. Saltarlo no sería difícil para el ágil Harry Murfree.

En Bound Lane, quizá estuviese aguardándole el hombre que le había desgarrado el costado con un arañazo de su imponente cuchillo.

No. No le interesaba volver a la calle ahora. Ojalá que el tipo no le hubiese visto penetrar en el prostíbulo. Ojalá, maldita sea, que se hubiese cansado de olfatear su rastro.

Miró distraídamente a las muchachas. Todas sonreían provocativamente.

Todas, menos una.

Había una muchacha en el extremo del «escaparate» que no se había acercado.

Mirándola, Harry se sintió impresionado a su pesar.

La chica era muy joven y bonita. Ciertamente vestía un jersey muy ceñido y escotado.

—¿Quién es ésta? —preguntó.

—Ah, Beryl —dijo Luciette—. Mi nueva adquisición.

—Ven conmigo, Beryl —rogó Harry.

La muchacha se estremeció. Pero *mademoiselle* la miró con dureza.

La muchacha se puso en pie. Temblaba.

Despacio, muy despacio, como si la condujesen al patíbulo, Beryl precedió a Harry Murfree a lo largo del pasillo.

Salieron al pequeño jardín, lo atravesaron y comenzaron a ascender la escalera.

Desde la terraza corrida se divisaban las vacilantes luces que iluminaban la plaza del mercado.

No se había equivocado Harry. Miró por encima del muro, y vio el estrecho callejón lleno de envases de madera vacíos, de cubos de

basuras hediondas.

El callejón estaba solitario, silencioso.

Puso una mano sobre el hombro de Beryl, y la sintió temblar.

—Vamos —ordenó.

El cuerpo de la joven estaba rígido. Pero al fin cedió a la presión de la mano de Harry, y empujó una de las puertas.

—Cierra —dijo él, advirtiendo que Beryl aguardaba, indecisa.

Los sollozos de Beryl le sobresaltaron.

—Pero... ¿qué diablos te ocurre? —exclamó, malhumorado, despojándose de la camisa.

Beryl lloraba a lágrima viva. Sus hombros se estremecían violentamente, al compás de los sollozos.

—No puedo, ¡no puedo! —Hipó.

—¿Que no puedes? Entonces, ¿qué haces aquí? —preguntó suavemente el hombre.

Ella alzó sus ojos, brillantes de lágrimas.

—Me sentí tentada... Compréndalo, he visto transcurrir dos meses de despacho en despacho. He visitado todas las oficinas de colocación. Pero no encontré trabajo. Vine del Sur, de una pequeña localidad de Alabama. Creí que todo sería más fácil. Bueno, finalmente me faltó el dinero indispensable para comer. En un bar me dijeron que *mademoiselle* Luciette me daría trabajo. Vine y...

Harry la miró durante un minuto, entre asombrado y admirado.

—Está bien, no tienes que temer. Lo único que quiero es que me ayudes. ¿Sabrás curarme este rasguño?

Alzó el brazo, y mostró el largo surco rojizo, que terminaba a la altura del cinturón. La sangre manaba todavía. En realidad, había manchado el costado en toda su extensión, convirtiendo el rasguño en algo impresionante y aparatoso.

—Dios santo —murmuró ella, angustiada—. Ha debido perder mucha sangre. Oh, sí, sé cómo curar una herida. Lo..., lo haré ahora mismo.

Penetró en el pequeño cuarto de baño anexo, buscó apresuradamente alcohol, algodón, gasas y esparadrapo, y volvió con todo ello junto a Harry.

Las manos de Beryl se volvieron seguras y suaves. Pero Harry no pudo impedir un reniego estrangulado cuando el alcohol penetró en la herida.

La muchacha limpió cuidadosamente la herida, agregó polvos antibióticos y la cubrió con varias gasas, que prendió con porciones de esparadrapo.

—Ya está —murmuró, al terminar.

—Lo haces muy bien, Beryl. Ahora...

Ella le miró con sobresalto.

Pero Harry la golpeó suavemente en la espalda.

—Despreocúpate, mujer. Mi único interés está en despistar al tipo que me hizo esta «chinfarrada». Seguramente estará aún esperando en Bound Lane. Saltaré por ese muro, y alcanzaré el mercado. Eso es todo. Tú... Bueno, puedes contarle como quieras a Luciette.

Beryl le miró, incrédula.

Contempló sin prisas el rostro atractivo del hombre, su rictus amargo, las gotitas de sudor que corrían por su frente, su gesto de determinación. De repente, le tomó una mano y le besó en la mejilla,— Gracias —murmuró.

Harry sonrió levemente, sorprendido a su pesar.

—Espera —rogó, cuando ella se dirigía ya a la puerta—. Si no te va este «trabajo», si sientes escrúpulos... ¿por qué no huyes?

—*Mademoiselle* me mataría a golpes. He visto cómo castigaba, hoy mismo, a una de mis compañeras. Luciette tiene un látigo. Y sabe utilizarlo muy bien.

Harry sonrió amargamente. Había oído hablar del látigo de Luciette.

—Hay una solución —dijo, mientras se vestía cuidadosamente la camisa, manchada de sangre.

—¿Una solución? —preguntó Beryl, esperanzada.

—Sí. Huye conmigo.

El pecho de la muchacha se hinchó.

—Pero, pero... Sólo sería una carga para ti. No puedo aceptar...

—No seas tonta. Mi padre ha muerto. Hay una habitación libre en mi casa. Podrás utilizarla hasta que arregles tu situación. Veré de encontrarte un empleo.

Los ojos de Beryl brillaron, emocionados.

—¿Tú..., tú harías eso por mí? —preguntó.

Harry se puso la destrozada chaqueta.

—Vamos, no le echas tanto cuento —dijo con dureza. Pero la dureza no era más que la coraza con la que pretendía disimular su

emoción—. ¿Vienes?

Beryl le siguió a la terraza, obedientemente.

Sólo cuando Harry subió de un salto al muro, y le tendió la mano, hubo una leve indecisión en ella.

—Está muy alto, Harry. Jamás podría saltar por ahí. Me mataré.

—No eres una niña. Tú debes saber lo que quieres. O subes o te quedas con *mademoiselle* Luciette y... su látigo —dijo él, con burla. Oyendo sus palabras, Beryl se decidió.

Ofreció sus manos a Harry, y éste la elevó de un tirón.

—Ahora, escúchame. Sólo tienes que dejarte deslizar sobre el muro, apoyando los pies. Yo me tenderé y te iré dejando caer. Cuando estés colgando, apenas será un juego de niños deslizarte hasta el suelo, ¿de acuerdo?

Ella asintió, con un movimiento de cabeza. Pero temblaba tanto, que sus dientes castañeteaban.

Harry se tendió sobre la parte superior del muro, e hizo lo que había anunciado.

Sólo cuando el cuerpo de la muchacha estuvo pendiendo en el aire, firmemente sostenida por los brazos del hombre, Harry sintió un tirón en el costado que le obligó a renegar en voz baja.

Balanceó levemente a Beryl para separarla del muro, y luego soltó sus muñecas.

La muchacha cayó blandamente sobre los cajones, y saltó al suelo.

Desde allí vio, pasmada, cómo Harry se ponía en pie sobre el muro, saltaba al aire, girando en un espectacular salto mortal, y caía de pie sobre los cajones.

En el suelo, Harry la ayudó a ponerse en pie, y tiró de ella con urgencia.

—Vamos —apremió—. Estos lugares no son demasiado recomendables.

CAPÍTULO VII

El sol había reemplazado a la niebla.

A las doce de la mañana, las calles de Bound Lane suponían un cuadro abigarrado y alegre.

Las tiendas estaban llenas de gente, en la calle había puestos de baratijas, las mujeres gritaban escandalizadas, y se empeñaban en rebajar unos centavos a los encallecidos vendedores de Boud; bandadas de golfillos corrían entre los puestos, listos para aprovechar el más leve descuido de los vendedores...

Pero Harry no tenía ojos para mirar aquello.

Alcanzó McVee y cruzó la calzada, camino de Market Bound.

Pile entonces cuando un hombre abrió la portezuela de su automóvil, y le salió al paso.

Harry reconoció al teniente Steel, y arrugó el ceño.

—Espero que pueda darme alguna buena noticia, teniente. ¿Ha descubierto ya al asesino de mi padre? —preguntó, con una sonrisa forzada.

Habían transcurrido tres días desde que el cuerpo de Tom Murfree fuese encontrado por Smokie y Girbie, en Bound Lane.

Tom había sido enterrado en una fosa comunitaria del pequeño cementerio de Bound.

Pocas personas habían asistido al sencillo acto. Smokie, Girbie y la preciosa Beryl.

Fue un momento emotivo, en un día lluvioso. Harry pretendía haber enterrado el recuerdo de su padre en lo más remoto de su cerebro, pero no podía evitar que sus ojos brillasen demasiado, cuando se refería a Tom Murfree.

—No es fácil encontrar a un asesino, entre miles de delincuentes, Harry —respondió el policía—. Pero no me preocupa eso, ahora. El hombre que mató a tu padre, caerá en nuestras manos, un día u otro.

—¿Qué es lo que le quita la tranquilidad, entonces? —preguntó Harry, con evidente sarcasmo.

El rostro cuadrado de Mark Steel se endureció inmediatamente.

—Me preocupas tú. Temo que vuelvas a ser lo que fuiste, Harry.

—¿Qué le hace pensar tal cosa? Soy un honrado ciudadano. Camino dentro de los senderos de la ley.

—No por mucho tiempo, si abandonas tu trabajo y la Universidad —apuntó, rápido, el policía—. El ocio te conducirá al delito, Harry.

—Cállese. ¿Qué sabe usted? Nunca ha estado en la cárcel ni ha cometido el menor desliz, ¿no es cierto?

—Háblame con respeto, Harry, o te encerraré. Sólo quiero aconsejarte.

—No necesito sus consejos. —Harry apretaba los dientes con ira—. Soy un hombre Ubre. Puedo dejar la Universidad, si así lo deseo. E incluso cambiar de trabajo. Por otra parte, ¿no puede admitir que mi estado de ánimo, tras el asesinato de mi padre, no es el mejor para atender una barra de cafetería o escuchar las explicaciones de un profesor de Universidad?

Steel asintió con la cabeza.

—Tienes razón, Harry. Tal vez me he excedido. Y escúchame: no trato de hacerte la vida desagradable, puedes creerlo. Pero quiero que sigas siendo un hombre honrado. Tú lo sabes bien: el ambiente de Bound Lane es malsano. Va minando, poco a poco, la voluntad de hombres y mujeres. Si no te mantienes lejos de aquí, volverás a caer, Harry.

—Demos tiempo al tiempo —respondió severamente el muchacho—. ¿Eso es todo, teniente?

Ya se marchaba, cuando Steel le detuvo con un gesto.

—Espera. Quiero hacerte unas preguntas.

—Hágalas pronto. Tengo prisa.

—¿Conocías a un tipo llamado Jim Hawkes? —preguntó Steel, esperando su reacción atentamente.

Pero los músculos faciales de Harry no revelaron la emoción.

—¿Jim Hawkes? —preguntó innecesariamente, puesto que había oído perfectamente. Sólo que hacer la pregunta la daba irnos segundos de tiempo para pensar.

Steel había dicho «conocías», lo que debía suponer que Hawkes había tenido un tropiezo mortal.

—He dicho Hawkes. Le conocías, supongo —insistió Steel.

—Hawkes, Hawkes... Me suena, pero ahora mismo...

—Bien, no importa. Hawkes ha sido encontrado muerto en un

camino abandonado. Era un canalla, y posiblemente se merecía algo más que la muerte. Pero he de investigar el caso, descubrir al asesino.

—Espere, espere —le cortó velozmente Harry—. ¿Qué diablos tiene que ver Hawkes conmigo?

—He pensado que la muerte de tu padre y la de Hawkes podían estar relacionadas. Porque Hawkes murió igual que Tom Murfree: le hundieron el cráneo a golpes. Debieron ensañarse con él, puesto que su nariz estaba destrozada también. Detalle curioso: según la autopsia, el golpe que destrozó la nariz de Hawkes era muy anterior al que le mató.

Harry se estremeció.

Porque estaba pensando en lo que Steel acababa de decir, Y empezaba a sacar deducciones, a establecer relaciones.

Jim Hawkes le había estado observando, con sospechosa atención, tres noches atrás, en el quiosco de Ripper.

Poco después, Harry había sido atacado en Bound Lane. La corpulencia y la estatura del canalla que intentó matarle a cuchilladas coincidían con los rasgos físicos del violento Hawkes.

También era una coincidencia el hecho de que a Hawkes le gustaba mucho utilizar el cuchillo.

Finalmente, había otro dato coincidente: Harry se había deshecho de su agresor de Bound Lane de una patada en el rostro.

Una patada que le había roto la nariz, sin duda.

—Te has quedado mudo, Harry. ¿Por qué?

Harry distendió los labios, y miró al policía.

—Vamos, teniente. No estará pensando que yo maté a Hawkes, ¿verdad? —comentó, adoptando un aire falsamente desenfadado.

Steel giró un poco para evitar el sol de cara sobre sus ojos.

—No he dicho tal cosa, pero ahora que lo mencionas..., pudiera ser.

—Absurdo —respondió Harry. Pero comenzaba a sentirse nervioso.

—Escucha, hijo. Estoy acostumbrado a tener en cuenta las soluciones absurdas. Veinte años de profesión me han enseñado que la vida tiene, a veces, desenlaces absurdos. Espera... Sí, ¿por qué no? Imaginemos que Hawkes hubiera matado a tu padre. Era un tipo capaz de las mayores ruindades. Imaginemos también que alguien te «sopla» que Hawkes es el culpable. Ripper me ha dicho algunas cosas. Hace tres noches, Hawkes estuvo en su quiosco.

También estabas tú, con Smokie y Girbie. No, no protestes, déjame hablar. Ripper dijo que Hawkes escapó hacia Bound Lane. Y también que tú seguiste el mismo camino.

—Es cierto —aceptó Harry, con desagrado—. Pero yo me dirigía a casa de *mademoiselle* Luciette Fayeux. Ella puede corroborarlo.

—No pongo en duda tus palabras. Pero supongamos que en el recodo te encontraste con Hawkes. Que perdiste los estribos. Hawkes era violento y rudo. Tal vez, incluso, te provocó él. Tú pensaste que no sería mala cosa hacer justicia. Tom, tu padre, murió con el cráneo destrozado. ¿Por qué no hacer lo mismo con el cochino Hawkes?

—Todo eso es estúpido —estalló Harry—. ¿No dijo antes que Hawkes había muerto mucho después de que alguien fracturara su nariz de un golpe?

Steel le miró con admiración.

—Eres muy sagaz, Harry. Inteligente y observador. Es cierto que dije eso, Hawkes no murió aquella noche, sino dos días después. Pero ahora sé, aunque no lo confieses, que fuiste tú quien le rompió la nariz.

Harry miró al policía y preguntó:

—¿Tiene un cigarrillo, teniente?

Steel le ofreció un paquete. Cuando Harry se hubo servido, el policía se puso un cigarrillo en los labios y lo encendió.

—¿Y bien...? —preguntó.

Harry bajó de la acera para dejar paso a una gruesa señora, acompañada de dos críos, y expelió una bocanada de humo al tibio sol de la mañana.

—Se lo diré. Fui a Bound Lane. No me pregunte la razón. No la conozco, Sí, vi a Hawkes. Un tipo repugnante. Recuerdo que le gustaba violar a muchachitas menores. Me observaba con interés. Pero no pensé más en él, cuando me separé de mis amigos y me dirigí al callejón.

—Sigue —ordenó Steel, con súbito interés.

—Estuve parado en el recodo. Algo superior a mí me obligaba a permanecer allí. Vi algo en el suelo. Lo cogí y fui hasta un farol. Entonces fue cuando alguien me atacó. El fulano tenía un cuchillo, de hoja ancha y brillante. Me «chinó»...

De un manotazo furioso, Harry se sacó la camisa y mostró el

costurón a medio cicatrizar.

Despacio, sin ganas, terminó su relato:

—Entré en casa de Luciette, con la única idea de escapar. Y lo conseguí. Eso es todo.

—¿Qué fue lo que encontraste, Harry? Puede ser muy importante —dijo el policía.

Harry apretó los labios, en un gesto característico.

—Sus «*gings*» estuvieron husmeando allí, teniente. Y no encontraron nada —se chanceó.

—¿Vas a decírmelo o no?

Harry miró a Steel. No se fiaba mucho de los demás, pero en Mark Steel había algo que raras veces halló entre la gente: honradez.

Buscó en el bolsillo de su pantalón, sacó un rebusco de papel, y lo desenvolvió.

En sus manos apareció la lente de contacto.

—¡Una lentilla! —murmuró el teniente.

—Eso es. Una lentilla. El que mató a mi padre llevaba lentillas. Ahora sé que no fue Hawkes, aunque hace un momento lo sospeché. Hawkes jamás utilizaría algo semejante, porque era demasiado bestia.

—Tal vez aciertas —repuso el policía, pensativo. Y tomó la lentilla de la palma de la mano de Harry.

La observó a la luz del sol, y la guardó cuidadosamente en la funda de sus gafas.

—Sigo opinando que eres inteligente, Harry. Pero debes mantenerte apartado de este asunto. Es peligroso para ti.

Harry le miró rectamente a los ojos.

—No interfiero en su trabajo, teniente. Más bien podría decirse que estoy ayudándole, ¿no? —preguntó, con cierta jactancia.

Steel se mordió los labios.

—Me has ayudado, es cierto. Me gustaría saber si quieres engañarme o tu juego es limpio, Harry. De todas formas, déjalo de mi mano. Escucha, muchacho: los contribuyentes me pagan para que investigue. Ocupate de tu carrera, y yo cumpliré con mi parte. ¿Lo prometes?

Pero Harry se separó a vivo paso de él, y alzó una mano.

—Hasta la vista, teniente.

CAPÍTULO VIII

—¡Cruz-cara,

cara-cruz, cara-cara, cruz-cara

! —gritó rápidamente Smokie.

Y de un manotazo, recogió el pequeño montón de arrugados billetes de dólar que había en el centro del corro.

—¡Eh, eh, tú! —chilló uno de los muchachos—. No tan aprisa. Recoges las monedas tan rápido, que nadie podría jurar que has sido tú quien ha ganado.

Smokie lanzó una carcajada, y aporreó amistosamente la espalda de Girbie.

—Camarón que se duerme, la corriente se lo lleva —sentenció, con excelente humor.

Y se guardó el puñado de billetes, entre el pecho y la camisa.

Un muchacho pelirrojo, muy corpulento, maldijo en voz baja, y atravesó el corro.

De un manotazo, tomó al liviano Smokie por el pecho y le alzó dos metros sobre el suelo.

—Te crees muy bromista, ¿eh, genio? Muy bien, yo también tengo sentido del humor.

—Veamos —gritó.

Con una facilidad increíble, volteó a Smokie y le sostuvo únicamente por los tobillos.

Inmediatamente comenzó a agitarlo tan fuertemente, que Smokie adquirió pronto el tono de la grana.

Monedas y billetes salieron de sus bolsillos, regando el suelo.

Pero antes de que el pelirrojo hubiera terminado su tarea, Girbie masculló una palabrota intranscribible, y se puso en pie.

Girbie era lento, pero seguro.

Mientras el muchacho que agitaba a Smokie seguía con su tarea, Girbie se situó ante él, tomando posiciones.

Luego retiró su brazo derecho, lo impulsó con fuerza adelante, y golpeó con el puño cerrado al pelirrojo en los riñones.

El de los cabellos rojos soltó a Smokie, que inmediatamente se

abalanzó sobre los billetes, olvidando la costalada que acababa de recibir.

Entretanto, el pelirrojo estaba pasándolo muy mal. El puño de Girbie había estropeado su almuerzo y casi provocado un cólico.

En aquel momento, el corro se disolvió.

—¡Estafadores, ladrones, tramposos! —gritaren los mozalbetes que asistían a la partida.

—¡Bien dicho, Halley! Démosle una buena paliza.

—¡Tenéis razón! Se llevan nuestros dólares, con malas artes. Sólo son dos. ¡Les zurraremos!

—Así se habla, Archie.

—¡Vamos por ellos! —gritó el gordo Goofie.

Smokie, que estaba guardándose los billetes a puñados, palideció.

Un corro de rostros malhumorados le cercaba. En aquel momento, Girbie recibió un tremendo golpe en la cintura.

Se lo acababa de asestar Goofie, vahándose de su pesado bate de *base-ball*

Justamente en aquel momento, Harry Murfree apareció por la esquina de Bound Lane.

En cuanto le vio, Smokie comprendió que Harry era su salvación.

Por eso se puso en pie de un salto, y miró a los airados mozalbetes con los ojos entornados.

—Vamos, largaos —exclamó, con acento autoritario—. Vosotros estáis ya de más. Ha llegado el jefe.

—¿El jefe? —chilló Goofie, alzando el bate—. ¿Qué jefe?

Smokie avanzó fríamente hacia él.

—Estúpido —gruñó—. ¿Es que no has oído hablar de Harry *el Guapo*?

Goofie se volvió, siguiendo la mirada de Smokie. Y vio a Harry, que aguardaba a unos pasos.

—Fuera —dijo Harry, mordiendo las palabras.

Si círculo se deshizo. Los muchachos miraron un momento a Harry, y se alejaron, murmurando maldiciones.

Cuando el callejón estuvo solitario, Murfree expelió el aire contenido en sus pulmones. Girbie se alzó del suelo, gimiendo.

Para entonces, Smokie había echado un brazo por encima de los hombros de Harry, y le colmaba de bendiciones.

—¡Uff! La cosa estaba apurada, Harry. Esos bestias, por poco nos liquidas. Y todo por tinos asquerosos dólares —dijo.

Harry le miró, entre colérico y burlón.

—No escarmentarás nunca, Smokie. Otra vez haciendo trampas, ¿eh?

—Bueno... Verás, ya sabes que hay que ganarse la vida. Esos bobos son hijos de papá. Tienen alguna «pasta», y yo tengo muy poca. No iba a desperdiciar la ocasión de...

—Eres un sinvergüenza, Smokie. Un parásito. Si esos chicos no se hubieran dejado impresionar, yo hubiera recibido tantos golpes como tú. Y sin merecerlo —confesó sencillamente Harry.

—¿Tú? Eres un tipo famoso. Ya lo viste: no tuve más que pronunciar tu nombre, y huyeron como gallinas.

—Alguna vez no lo harán. Y nos molerán a palos... —respondió filosóficamente Harry.

Girbie le quitó de un manotazo la punta del cigarrillo, y la chupó ansiosamente, como si le fuese la vida en ello.

—Nadie molerá a palos a Harry *el Guapo* —dijo Smokie fogosamente—. No hay nadie con agallas...

—No digas tonterías —le cortó Harry—. Los tiempos han cambiado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Girbie, que estaba quemándose los dedos con la colilla.

Harry se tomó tiempo para responder.

Observó a Smokie, flaco y mal vestido, de rostro chupado y facciones poco saludables.

Y a Girbie, alto, torpe y lento, tarado por el alcohol y la marihuana. Tuvo lástima de ellos, y calló la mayor parte de lo que quería decirles.

—Quiero decir que es una gansada consumir vuestros mejores años en el intento de robar unos pocos dólares a esos infelices. Un día comprenderán que vuestra valentía no es más que palabrería inútil. Y ese día os romperán todos los huesos. Os veréis humillados, disminuidos. Y tendréis que «ahuecar» de aquí, con el rabo entre las piernas.

Girbie bajó los ojos. Smokie rió a carcajadas.

—Eso lo dices tú, Harry. Que te has vuelto blando e incluso trabajas. ¿Qué otra cosa mejor podemos hacer?

Harry estuvo a punto de soltar una palabrota, de emprenderla a

golpes con los dos.

Pero no lo hizo.

—Venid. Venid conmigo. Tomaremos un trago en

Bronzzano's

—invitó.

Le siguieron aprisa.

Girbie encargó *scotch* para él, mientras Smokie pedía ginebra.

Harry esperó a que les sirvieran.

—¿Un *scotch*, Harry? —preguntó Girbie.

—Cerveza.

—Bonita cosa —gruñó Smokie, mientras despachaba su ginebra de un trago—. Esto caldea, pero la cerveza...

—Escucha, estúpido —a Harry se le había acabado la paciencia—. Conozco a un cliente de Versalles que se arruinó por beber ginebra a todas horas. Su esposa le ha abandonado, sus hijos le vuelven la cara, cuando se tropiezan con él. Ningún amigo le aguanta. Sigue tomando ginebra, Smokie. Y tú, continúa despachando *scotch* como una mula. Ya veréis.

—Bueno, bueno. Aquí tienes la cerveza —dijo Girbie, tratando de apaciguarle—. Nos has traído aquí. ¿Es que tienes algo para nosotros?

Harry probó un sorbo de cerveza. Y asintió:

—Un trabajo —dijo.

Smokie arrugó los labios; Girbie miró a Sally, la rubia, simulando que no había escuchado a Harry.

—Has dicho «trabajo» de forma diferente, Harry —le reprochó Smokie. Y agregó, sarcástico—. Supongo que se trata de algo limpio, aséptico, honesto y...

Harry le interrumpió con seco ademán.

—Se trata de ayudarme. Cobrando un sueldo, ¿lo entendéis? Voy a pagaros quince diarios para que trabajéis para mí.

Smokie agitó la cabeza en un ademán despectivo.

—No cuentes conmigo. Mi padre se empeña en lo mismo: «Trabaja, Smokie, trabaja. Empléate en la construcción...». ¡Al diablo con todo eso! —Gruñó.

Se había separado de la barra, con brusquedad. Pero pronto volvió junto a Harry, y le increpó:

—Y además, ¿cómo diablos ibas tú a poder pagarnos quince diarios,

si eres pobre como las ratas? Piensa bien, Harry. El trabajo para ti supone exactamente esto: Te levantas a las cinco de la mañana para ir a la cafetería. Trabajas hasta las diez. Dejas la barra, tomas tus libros y a la Universidad hasta las tres de la tarde. De allí a la cafetería hasta las doce. Luego vuelves a casa, tomas una sopa y te pones a estudiar hasta la madrugada... ¡Trabajo! ¿De dónde diablos has podido sacar la idea de que puedes permitirte el lujo de pagarnos quince diarios?

A Harry se le terminó la paciencia.

De un manotazo salvaje tomó a Smokie por la pechera, y le incrustó sobre la barra. Con tanta fuerza, que Smokie gimíó:

—Cállate, Smokie. Tienes que aprender muchas cosas. Mi padre era un trabajador. Encontró la muerte trabajando. Y, ¿sabes por qué puedo pagarte quince dólares diarios, a cambio de que trabajes para mí? Porque él comía sopas y repollo igual que yo para poder pagar mensualmente una póliza. Un seguro de vida, ¿comprendes? Su muerte tal vez haya servido de algo, si pienso igual que vosotros. Me ha enriquecido. He cobrado una prima de veinticinco mil dólares. El dinero está en el Banco, a mi nombre. Puedo firmar cheques, y todo eso, ¿comprendes, estúpido?

Soltó a Smokie, y éste se fue al suelo. Luego se puso en pie, con un reniego.

Pero no estaba enfadado. Sólo admirado y sorprendido hasta el límite.

—Ajá. Luego tienes dinero. Y, ¿cuál sería el trabajo que tendríamos que hacer? —preguntó.

Harry hizo un gesto, en dirección a Girbie. Cuando su amigo estuvo junto a ellos, ordenó:

—Venid conmigo. A una de esas mesas. Lo que voy a deciros es confidencial. No quiero que nadie lo oiga. Smokie se encogió de hombros, y miró a Girbie.

Un momento después, ambos seguían a Harry hasta una mesa alejada.

CAPÍTULO IX

No era un simple cuarto de estar. Era un salón, de proporciones enormes.

Había muchos y caros muebles. Pero no bastaban para llenar el vastísimo espacio.

SI ventanal era semicircular, como una inmensa pantalla panorámica. Y se encontraba perfectamente orientado hacia el río.

El color verde oscuro de la margen más alejada parecía reflejarse fielmente en los ojos de la mujer que descansaba lánguidamente sobre el gran diván rinconera.

Pero la mujer —rubia, esbelta, perfecta— sólo era una figura decorativa más en la lujosa residencia.

En un rincón del salón-mirador había un hombre.

Jugaba distraídamente con un abrecartas de filo agudísimo, pasándose la hoja suavemente sobre el dedo pulgar.

Sonaba la música. Una música lánguida, de cuerda.

La escena parecía plácida, serena, desprovista del menor rasgo de violencia.

El río azul, las frondas verdes, la mujer rubia, el caballero de sienes plateadas...

La puerta del fondo se abrió, de repente.

Un hombre apareció en ella. Se movía pesadamente porque era corpulento y calzaba zapatones de suela rígida, que resonaban desagradablemente sobre el pulido suelo.

Además, tenía una cara a lo hombre de Neanderthal —antropoide—, vestía un traje veraniego, una corbata de tonalidades eléctricas, y sudaba.

Sudaba a mares. Se podían ver perfectamente las manchas de sudor de sus axilas. También el cuello de la camisa oscura estaba húmeda, grasienta.

El caballero de las sienes plateadas se puso en pie al verle. El abrecartas que semejava un puñal, quedó clavado sobre la mesita.

—¿Quién diablos te has creído que eres, Burt? —bramó, encolerizado—. Te dije que me llamaras inmediatamente.

Burt, el recién llegado, sacó un pañuelo grande como una sábana, resopló y se limpió el sudor. Antes de hablar, eructó sonoramente y se dejó caer sobre un sillón.

—¿Qué podía hacer? —Gruñó. Y volvió a repetir su eructo, con lo que la rubia de los ojos verdes arrugó su nariz, en un gesto de infinita repugnancia—. Luke y Dave están muertos.

La rubia exhaló un gritito, y volvió a dirigir sus ojos hacia las frondas que se divisaban junto al río.

El caballero de las sienes grises miró a Burt, con expresión incrédula.

—Veo que has bebido, Burt. Ve y métete bajo la ducha. Hablaremos después —dijo. A duras penas había logrado contener la ira que bullía en su pecho.

—Me gustaría mucho —dijo Burt, limpiándose las manos con el pañuelo—. Pero sería perder el tiempo. He visto a Dave y a Luke. Un camión les despanzurró en Alloway Drive. Créelo, sentí tan alborotado mi estómago, que tuve que entrar en un restaurante y comer algo, aprisa. De todas formas, esta maldita digestión va lenta, muy lenta.

—Como tu inútil y voluminosa cabezota —bramó, con rabia, su interlocutor—. ¿Qué cuento es ése? Luke y Dave estaban muy vivos, hace un par de horas. Les dije..., les encargué...

—Lo sé, lo sé —respondió Burt, cachazudamente—. Tenían que ocuparse de ese chico, Harry Murfree. Y lo intentaron. Fueron a Bound Lane. Murfree estaba en Bronzzano's

, en compañía de dos golfos.

—¿Y qué? —preguntó, con ansiedad, el caballero de los cabellos grises.

—Entraron en Bronzzano's

... Ya sabes cómo es la taberna. Tiene una gran barra en línea ondulada, y un par de docena de mesas. Luke llevó al chico a una mesa; alejó a los golfos. Yo llegué un momento después.

—¡Sigue!

—No hay prisa. Luke y Dave están muertos. Nadie va a resucitarlos. Afortunadamente, todo ha sido un accidente. Nadie tendrá que meter las narices en el asunto...

El hombre que escuchaba a Burt se puso en pie. Se sentía tan impaciente que su barbilla temblaba.

—¡Está bien, está bien...! Pierdo a dos de mis mejores..., ejem..., colaboradores, y tú dices que no hay que preocuparse. Vamos, Burt: revienta de una vez. ¿Lograron liquidar a Murfree? ¿Está muerto?

Burt alzó sus ojillos hasta el rostro perfectamente rasurado de su jefe, y abrió los brazos en un ademán fatalista.

—Está vivo —murmuró.

La rabia del otro fue indescriptible.

Había tomado, con furia, una estatuilla de Eros rosado de encima de una mesa y, tras una leve vacilación, la estampó contra el acuario fosforescente, situado allí junto a la ventana.

El acuario se rompió, y el agua brotó a raudales. Los pececillos de colores comenzaron a brincar sobre el piso.

La rubia de los ojos verdes se incorporó apenas sobre el diván, contempló el estropicio con los ojos muy abiertos, y murmuró un apagado:

—¡Ooooooh...!

El rostro del caballero de los aladares grises se volvió, congestionado, hacia Burt.

—Comprendo que sólo yo tengo la culpa —murmuró. Sus mejillas temblaron, a impulsos de la cólera—. Porque fui yo quien eligió a un puñado de deficientes mentales.

Burt comenzó a manotear, indignado.

—Escucha, jefe. Yo... Bien, no me gusta que me insulten.

—¡Pollinos, idiotas, estúpidos, imbéciles, payasos...!

—Jefe, yo... Nunca he aguantado que me llamen payaso —dijo torpemente Burt, poniéndose en pie.

Su interlocutor le miró un instante, y comprendió. Burt empezaba a sufrir una de sus psicopatías.

Y cuando Burt entraba en su dislocado mundo mental, se volvía peligroso y violento como un tifón.

—Está bien, creo que me excedí, Burt. Siéntate. No todos son retrasados mentales —le aduló suavemente—. Al menos tú, Burt...

Tú no has muerto despanzurrado bajo las ruedas de un camión.

—Porque el camión pudo frenar a tiempo. Yo corría detrás de Luke y de Dave —aclaró Burt, con un ademán expresivo.

El otro se quedó boquiabierto. Luego giró salvajemente sobre sus

talones, corrió hacia el bar, instalado en el rincón opuesto, se sirvió medio vaso de *whisky*, y lo engulló sin respirar.

Cuando se volvió, había recuperado su sangre fría y dominado el temblor de sus manos.

—Bien... Empieza de nuevo, Burt. Hazlo despacio, a tu manera, sin prisas —le animó—. Quiero saberlo todo. Quiero comprender por qué dos hombres tan capaces como Luke y Dave han muerto de una forma tan... —Iba a decir estúpida, pero se contuvo, al observar el rictus en los labios animaloides de Burt— lamentable. Pero antes, tómate un trago, Burt. Tú lo has dicho. No hay prisa.

Burt se puso en pie, dejó que sus zapatones martillearan el piso y volvió a su sillón, un momento después.

No se había molestado en servirse licor en un vaso. Ansiosamente, se llevó la botella, que había tomado del bar, a los labios, y bebió, haciendo ruido, hasta que el líquido resbaló sobre su prognático mentón.

—Bueno —dijo. Y lanzó un retumbante eructo—, tú sabes que Murfree conocía a Luke y Dave, de los tiempos de Bound Lane...

* * *

Harry conocía a Luke Bock. Y también a su delgado acompañante, aquel *dandy* de pega, llamado Dave Davis.

Los dos habían haraganeado por el barrio, tiempo atrás. Por entonces, no vestían trajes de ciento cincuenta dólares ni podían sacar del bolsillo un rollito de billetes como el que Lake acababa de mostrar.

Había dejado un billete de diez dólares sobre la barra, y ordenó, por la comisura de los labios:

—Vamos, largaros. Gastad ese dinero en alcohol.

Girbie cuadró los hombros. Smokie dejó escapar una risita.

No pensaban aceptar ninguna orden de Luke Bock, a pesar de los diez dólares y de su flamante aspecto exterior.

Pero Harry movió la cabeza.

—¿No habéis oído? Podéis dar una vuelta. Nos veremos más tarde —dijo.

—Pero, Harry, estos dos... —comenzó a decir Girbie, remolón.

—Fuera —ordenó Harry, sin alzar la voz. Y fue suficiente.

Cuando Smokie y Girbie hubieron salido, Luke pasó campechanamente una mano sobre los hombros de Harry, y le llevó a una mesa.

Estaban sentándose cuando llegó *Dandy* Davis, con una botella de auténtico escocés y tres vasos.

Sonreían los dos hombres. Parecían sentirse del *mejor* humor.

—Y bien, Harry. Mucho tiempo sin vernos, ¿no es cierto? —comentó Luke, empujando hacia el muchacho un vaso de *whisky*—. Buenos tiempos aquéllos en que andábamos metiéndole el miedo en el cuerpo a la gente del barrio, ¿eh?

Harry no dijo nada. Esperaba.

—No tienes muy buen aspecto, chico. Las cosas no andan bien, ¿eh, Harry? —dijo Davis, frotando expresivamente el dedo pulgar contra el índice.

—Quizá Harry sigue empeñado en explotar el asqueroso Bound. Hay que tener aspiraciones más importantes, chico. Tú tienes madera. ¿Por qué no te asocias con nosotros? Estamos llevando adelante un bonito negocio —medió Luke.

Harry les contempló, con una media sonrisa en los labios.

Delante tenía a dos hombres de treinta y tantos años. Ambos con aspecto muy floreciente.

Caros trajes, confeccionados por el mejor sastre, camisas y corbatas de seda, sortijas en los dedos...

Pero bajo sus chaquetas, destacaban demasiado los bultos de los revólveres.

—No «trabajo» —dijo Harry, de pronto—. He dejado esa clase de vida. Ahora, estudio.

Davis lanzó una risotada.

—¿Lo has oído? —exclamó, dando un codazo a su compañero—.

¡Harry dice que ahora se dedica a estudiar! ¿Qué es lo que estudias?

¿Quizá la mejor forma de dar el próximo golpe, bribón?

Estuvieron celebrando aquella broma absurda, con tremendas carcajadas, durante un rato.

Luego, Harry miró hacia la barra, y tropezó con la mirada de un tipo grueso y anchísimo, con cara de mono.

¿Un policía enviado por Steel para seguir sus pasos?

Si era así, no le convenía que le vieran en compañía de dos pistoleros como Bock y Davis.

Se puso en pie, sin haber probado el *whisky*, y dijo amablemente:
—Os agradezco vuestra atención. Pero no me interesa nada relacionado con vosotros. Adiós.

Ya iba a marcharse cuando Luke le apresó por un brazo y le retuvo, con la sonrisa a flor de labios.

Sin embargo, el cañón de un revólver apareció entre las solapas de su chaqueta.

—Oh, no, Harry; no estropees nuestro encuentro. Quédate un rato. Apuraremos la botella, y brindaremos por los viejos tiempos. Más tarde, daremos un paseo en mi coche. Porque tengo un «carro» inmenso, ¿sabes?

Le soltó bruscamente, y le proyectó contra la silla. Harry fue a incorporarse, rabioso, pero también *Dandy* Davis le encañonaba disimuladamente con su revólver oculto entre las piernas.

—Bebe, Harry —ordenó fríamente Luke Bock.

Harry miró hacia la barra, esperanzado.

SI hombre con aspecto de gorila seguía allí, con una enorme jarra de cerveza en la mano, sin perderles de vista.

Davis se inclinó sobre Harry, y apoyó la mano izquierda en su hombro. Amistosamente.

—Vamos, Harry, un trago para celebrar nuestro encuentro —rió.

Y golpeó secamente con el cañón del arma el hueso de la rodilla del muchacho.

Harry gimió débilmente, y se retorció sobre sí mismo. Sus ojos se encontraron con la burlona mirada de Luke.

—Bebe, Harry, bebe.

Tomó el vaso y lo apuró.

Inmediatamente, Davis volvió a llenárselo.

—Otro poco, Harry —se burló—. Nada más entrañable que un buen rato entre excelentes amigos.

Como Harry tardase en coger el vaso, Davis volvió a golpearle en la rodilla.

El dolor nubló sus ojos. Pero Davis insistía en que bebiese.

Un cuarto de hora después, se había tragado cinco vasos de *whisky*, y su voz sonaba pastosa y lenta.

Entonces comenzó a decir tonterías. Luke y Davis se miraron entre sí, y sonrieron.

—¡Este alegre Harry! Se lo ha tomado demasiado a pecho, y el

whisky le está haciendo efecto —rió Luke.

—Sí, será mejor que le llevemos a casa. ¿Cómo abandonar a un viejo amigo, en estas condiciones? —se burló *Dandy* Davis.

Harry irguió la cabeza, y miró desesperadamente hacia la barra.

Pero el hombre que había supuesto policía reía también, de oreja a oreja.

—Vamos, Harry. Te llevaremos a casa. No, no, nada de protestas; tú hubieras hecho otro tanto, por cualquiera de nosotros.

Luke le tomó por un brazo y Davis, por el otro. Así, apoyando los cañones de sus revólveres en los costados de Harry, salieron a la calle, seguidos por las miradas, entre conmisericordias y burlonas, de las personas que permanecían en la barra.

Harry sentía la cabeza desquiciada. El mareo iba en aumento, a medida que avanzaban hacia el mercado.

El coche de Luke Bock estaba muy cerca. Era un brillante «Rambler» azul, de dos puertas.

Harry aspiró aire con ansia, y trató de concentrar sus ideas.

Estaba seguro de que los dos pistoleros habían sido contratados para matarle.

Una ingeniosa treta aquélla de emborracharle para sacarle de Bronzzano's

sin despertar sospechas.

La gente salía y entraba en el mercado. Una mujer le dirigió una frase malsonante; algunos chiquillos rieron escandalosamente, viéndole arrastrar los pies torpemente.

Llegaron junto al coche.

Luke abrió la puerta, mientras Davis se ocupaba de mantener derecho a Harry.

—Vamos, Harry, adentro —ordenó.

Harry obedeció. Pero su mano, apoyada en la portezuela, falló, y se fue al suelo.

Davis murmuró una blasfemia.

—¡Levántate, estúpido! —gritó, encolerizado.

Fue a agarrarle por los hombros, pero, de repente, retrocedió, asqueado.

Harry estaba vomitando.

Lo había hecho a propósito, aunque disimuladamente. Bastaba con meterse cuatro dedos hasta la garganta.

—¿Qué hacemos? —preguntó Davis, inquieto.

—Déjale, déjale que vomite cuanto quiera. Así no manchará el tapizado de mi coche.

Davis estaba apoyado en la portezuela, por fuera. Retiraba el rostro porque el hedor de los vómitos le ponía malo.

Súbitamente, Harry se incorporó, e impulsó salvajemente la portezuela.

El marco superior chocó contra la boca de Davis, que se había inclinado para ver qué ocurría.

Davis retrocedió vivamente, al sentir que sus incisivos se rompían, y sus labios soltaban un chorro de sangre.

Y chocó contra Luke Bock, que se aproximaba ya para golpear con el revólver a Harry.

El cabezazo de Davis arrancó lágrimas de los ojos de Luke, que retrocedió unos pasos, sin poderlo evitar.

Cuando pudieron reaccionar, Harry corría calle abajo.

Su carrera era torpe e insegura. Pero antes de que Davis pudiese alzar su revólver, Harry había desaparecido por una de las puertas del mercado de Bound Lane.

—¡Vamos, Davis, pedazo de haragán! —chilló Luke, descompuesto—. ¡Corramos o se nos escapará!

—¡No puedo, no puedo! Mis dientes... —gimió. Y escupió tres o cuatro piezas, con un salivazo sanguinolento.

Pero Luke le arrastró a la fuerza.

Penetraron en el mercado. Miraron ávidamente a lo largo de los puestos.

Harry no estaba a la vista.

—Ve por la izquierda, yo, por la derecha. Nos reuniremos al fondo —dijo Luke, apretando rabiosamente el revólver en el fondo de su bolsillo.

Le vieron, de pronto, junto a una huevería.

Harry estaba apoyado sobre un pilar de hierro, y respiraba afanosamente, tratando de alejar de sí la borrachera.

Gimiendo y maldiciendo, notando que el aire se le escapaba por los huecos de sus encías, Davis corrió hacia allí.

Al otro lado, Luke luchaba por abrirse paso en el pasillo atestado de gruesas mujeres parlanchinas.

Harry empezó a retroceder, al ver venir a Davis.

Sus ojos buscaron ansiosamente una salida. Pero no la había hacia el fondo, donde se encontraban los urinarios.

Y Luke estaba acercándose velozmente, con los ojos brillantes de odio.

Entró en los urinarios de caballeros, y salió inmediatamente por los de señoras.

Y entonces, cuando los dos pistoleros se lanzaban hacia los urinarios, vio la puertecita.

Recordó que aquella puerta llevaba al callejón utilizado exclusivamente como entrada de camiones.

Seguía terriblemente mareado, pero ahora, tras arrojar fuera de su estómago el maldito *whisky*, sus ideas se iban tomando más claras.

Un respiro, apenas unos segundos apoyado en el muro, mientras Luke y Davis barbotaban denuestos, muy cerca de allí, chasqueados tras su infructuoso registro.

Aparecieron de pronto, como vomitados, por la puerta del urinario de señoras, seguidos por los denuestos chillones de una dama, que había sido salvajemente interrumpida en los servicios.

Ambos se quedaron inmóviles, al ver a Harry apoyado sobre la pared.

Harry abrió la boca, tragó aire con ansia, y se separó del muro.

Corrió desaladamente por el pasillo, rodeó la cabina del vigilante del mercado, y alcanzó la puerta.

Descorrió el cerrojo y la empujó. Afuera resonó el rugido potente del motor de un camión.

Frenó en seco, oculto tras la puerta. Un pesado «GMC» se aproximaba a velocidad excesiva.

Súbitamente, Luke y Davis aparecieron en la puerta.

Lanzados como iban, ni siquiera vieron a Harry.

Pero sí vieron el camión, plantados como estatizas en mitad del callejón.

Davis lanzó un alarido, y quiso volver sobre sus pasos.

El macizo paragolpes del camión le golpeó en la cintura, y fracturó su espina dorsal.

Harry cerró los ojos.

Cuando los abrió, una docena de descargadores del muelle cercano rodeaban al camión, murmurando maldiciones.

Debajo del camión estaban los cuerpos, rotos, de Luke Bock y Dave

Dandy Davis. Mezclado con los excitados descargadores estaba el tipo con aspecto de gorila que Harry viera en la barra de Bronzzano's

.
El hombre estaba lívido, y sudaba copiosamente.

«Es otro de ellos», pensó Harry. Y decidió que sería interesante acoger a aquel individuo, y hacerle algunas preguntas.

Pero un momento después, llegaron dos policías de uniforme, y comenzaron a despejar el callejón.

Harry se escurrió hacia el mercado, discretamente.

El vigilante del mercado increpaba furiosamente al aturdido conductor del camión:

—¡Te lo he dicho una docena de veces, Cal! Siempre entras como una tromba en el callejón. Te lo previne: algún día ocurrirá un accidente. Esos dos pobres individuos...

Harry lanzó una seca carcajada, al oír el comentario del vigilante.

—Esos dos pobres individuos... —repitió. Y se encogió de hombros.

CAPÍTULO X

Al anochecer, Harry salió a la terraza de vecindad, con una botella de cerveza en la mano.

La noche era templada, apacible. Arriba, en el pedazo de cielo cuadrado que podía divisar, brillaban las estrellas.

Harry se sentó en una silla desvencijada, y dejó la botella en el suelo, a su alcance.

Sacó un arrugado paquete de cigarrillos, y se puso uno en los labios.

Abajo, en el cuarto, Aldous Muskie, el vendedor de productos para el hogar, discutía, como de costumbre, con su esposa.

Cuestión de celos. La señora Muskie desconfiaba eternamente de su joven y apuesto marido.

En el aire flotaba el aroma de los jazmines de la señora Temple, la viuda de un héroe del Vietnam.

Pero al aroma de los jazmines venía a mezclarse el otro menos agradable de los guisotes que se cocinaban en cada vivienda.

Encendió el cigarrillo, y aspiró el humo profundamente, con deleite.

Beryl salió en ese momento.

No dijo nada. Se limitó a sentarse en el suelo, a acurrucarse junto a él.

—Harry —dijo luego.

—¿Qué?

Los ojos azules de Beryl destellaban en la oscuridad.

—Eres el hombre más bueno que he conocido —murmuró.

—¿Por qué?

—Te ocupas de mí. Me has ayudado mucho. Ya... Bueno, nunca volvería a casa de *mademoiselle* Luciette.

—Bien.

—Me gusta mi empleo, Harry. Al principio, pensé que sería más difícil. Pero la señorita Helms es comprensiva. Me encargó que colocase nuevos perfumes y cosméticos en los estantes. Le gustó cómo lo hice. Y me prometió que me subiría el sueldo el próximo mes, si seguía trabajando así.

—Eso está bien.

Hubo un silencio.

—Pero, Harry...

—¿Sí?

—Tendré que dejarte.

Harry giró la cabeza con brusquedad.

—¿A qué viene eso?

—Verás... He decidido que tengo que empezar una vida nueva, desde el principio al fin...

—Ajá —respondió Harry tristemente—. Y yo te estorbo.

La mano de Beryl tomó la suya.

—¡Tonto! No es eso. Pero no está bien que viva en tu casa. Le gente empezará a hablar mal de nosotros, muy pronto. He visto las miradas que me dirigen tus vecinas.

—¡Al diablo!

—No, Harry. Me sentiría muy desgraciada, oyendo sus comentarios. He estado hablando esta tarde con Jenny Williams. Está de acuerdo en compartir su habitación conmigo, por unos diez dólares semanales. Ésa sería la mejor solución, Harry.

—Ya lo has decidido todo...

—Así es. Me iré mañana —contestó ella.

—¡Pero yo no quiero que te vayas, Beryl! Me he acostumbrado a ti —protestó Harry, violento. Y apuró su botella de cerveza de un largo trago.

—No estamos casados, Harry. Los dos somos muy jóvenes —murmuró ella, con voz estremecida.

De repente, él se puso en pie.

Beryl le miró intensamente. Le gustaba Harry, más que ningún otro hombre.

Admiraba su cuerpo elástico, ágil, sus movimientos fáciles, naturales.

—Me voy —dijo Harry con voz átona.

—¿Te vas? —preguntó ella, disimulando su ansiedad—. ¿Adónde, Harry? Es tarde.

—Es cosa mía. Tú te irás mañana. ¿Qué pueden importarte mis cosas?

Cuando Beryl quiso contestar, Harry bajaba ya la escalera, a grandes zancadas.

Harry y alcanzó la calle y se dirigió aprisa a Market Bound.

Smokie y Girbie estaban esperándole en la esquina. Los dos se habían comprado pantalones y camisas nuevos, y se habían afeitado.

—¿Qué? —preguntó concisamente Harry, cuando llegó junto a ellos.

—¿Te refieres a Pipeskill? —preguntó Smokie innecesariamente—. Hemos pasado el día siguiendo sus movimientos.

—Pues bien, revienta —exigió Harry, impaciente.

—Tiene una esposa gorda como una ballena, y furiosa como una pantera. Ese tiparraco se deja dominar por su mujer. Esta mañana, antes de que Pipeskill saliera para su oficina, ella le insultó a gritos. El contestaba suavemente: «Sí, Maggie; tienes razón, Maggie». Y luego abandonó la casa mohíno, con la corbata torcida y una cartera bajo el brazo. Tiene un coche viejo, un «Ford» de hace cinco o seis años.

—Sigue.

—Tuvimos que gastar un dólar cincuenta en un taxi, de otra forma no hubiéramos podido seguirle —dijo Smokie con pena—. Entró en su oficina, y no salió hasta las doce, que fue a un *snack* de tercera categoría y tomó un almuerzo de dos dólares. Volvió a la oficina y estuvo allí hasta las cinco. ¡Imagínate cuál fue su destino!

—No os pago para imaginar cosas, sino para que las averigüéis vosotros —respondió Harry, adusto.

—Pues entró en el negocio de *mademoiselle* Luciette —respondió Smokie con el tono de quien hace una revelación increíble—. Permaneció allí una hora...

—No te detengas, Smokie. ¿Adónde fue, cuando salió del prostíbulo?

—Rodó en su cacharro hasta Sherman Hill, *en* el Este. Fueron dos dólares veinte, que tuve que desembolsar. Está bien, Harry, no te enfades. Ya sigo... Pipeskill entró en una cervecería llamada The Good Drink y despachó un par de jarras de cerveza. Y de allí a su casa, en el 2131 de Sherman Hill. Hemos permanecido vigilando hasta ahora, pero estoy seguro de que ese puerco no acostumbra a trasnochar. Eso es todo.

Harry metió su mano derecha en el bolsillo del pantalón, y sacó unos billetes.

Entregó quince dólares a Girbie y otros quince a Smokie.

—Lo acordado. Ahora, podéis marchar. Iré a hacer una visita a Pipeskill —dijo.

—Espera, Harry. ¿Por qué no quieres que te acompañemos? Podrías verte en dificultades...

—Es cosa mía. Os veré mañana —respondió Murfree. Y se separó de ellos.

Anduvo aprisa hasta Rentrey Street, deteniéndose de cuando en cuando ante un escaparate para comprobar si era seguido.

Más allá, tomó un taxi e indicó al taxista:

—Sherman Hill, hacia el número 2000.

Veinte minutos más tarde, se apeaba del taxi. Perdió un minuto orientándose, y luego siguió a pie hasta el número 2131.

Era una casita de dos plantas, con ciertas pretensiones, perfectamente pintada.

Cuando Harry subió hasta el porche, el olor a pintura fresca impregnó su olfato. La casa había sido pistada recientemente.

Pulsó el timbre varias veces.

Al cabo de unos segundos, alguien movió desde dentro una mirilla, y le estuvo observando detenidamente.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina, aguda y desafinada.

—Me llamo Chrys Bertrand, señora Pipeskill. Soy un cliente de su esposo. Necesito consultarle algo con urgencia —respondió Harry con una sonrisa amable.

La puerta se abrió. Harry comprobó, asombrado, que, en efecto, la señora Pipeskill era tan voluminosa como Smokie asegurara.

En realidad, su corpachón tapaba todo el pasillo.

—Pase, aunque no son horas de... —Gruñó la mujer.

—¿Quién es, Maggie? —preguntó alguien, desde dentro.

Pipeskill apareció en el pasillo.

Vestía un ridículo y corto albornoz, y calzaba unas zapatillas a florecillas blancas y azules.

Sin perder tiempo, Harry se escurrió velozmente a través del hueco que dejaba libre la señora Pipeskill, y traspuso el corto vestíbulo.

Pipeskill arrugó los labios, al reconocerle. Incluso podían adivinarse las palabras que iba a pronunciar a continuación, lleno de ira e indignación.

Pero Harry no le dio tiempo a hablar:

—Buenas noches, señor Pipeskill. Me recuerda, ¿verdad? Soy

Bertrand —y agregó rápidamente en voz baja—: Quiero hablar con usted. Si se niega, diré a su esposa que le engaña con una de las pupilas de *mademoiselle* Luciette Fayeux.

El rostro de Pipeskill traspuso, en unas décimas de segundo, todos los colores de la escala cromática.

Luego, absolutamente embarullado, murmuró:

—Ah, sí. Bertrand, ¿eh? Ya le recuerdo. Es un cliente de mi oficina, querida —miraba a su esposa, por encima del hombro de Harry—.

¿No te importa que hablemos un ratito en el despacho, Maggie?

La «encantadora» señora Pipeskill arrugó el ceño, crispó los labios, y murmuró atropelladamente:

—Está bien, Arnie. Pero que sea la última vez. Tus negocios debes despacharlos en la oficina. El resto de tu tiempo me pertenece.

—Sí, querida —dijo atropelladamente Pipeskill. Y empujó nerviosamente a Harry hacia una habitación próxima.

Cuando Harry se dejó caer sobre una silla, Pipeskill cerró la puerta y tapó el ojo de la cerradura con un pañuelo.

—Hable en voz baja, por favor —imploró—. Si ella se enterase...

Rodeó una mesita, y se situó ante Harry, expectante.

—¿Y bien...? —susurró.

—No tendrá que perder el tiempo, Pipeskill. Sólo quiero que responda a una cosa.

—Pregunte.

—La noche en que mi padre fue asesinado, me sorprendió encontrarlo en el callejón de Bound. El nunca pasaba por allí. Era un hombre honrado, y se empeñaba en mantener limpia su reputación. Por tanto, si cruzó el callejón, se debió a que usted alteró su itinerario. Empecé a pensar en ello, en el despacho del teniente Steel. Sí, ahora estoy seguro de que usted lo hizo a propósito, Pipeskill...

—¡Dios santo, usted se ha vuelto loco, Murfree! —gimió el individuo, tembloroso—. ¿Cómo puede imaginar tal cosa? Todo fue un desgraciado accidente. Tom Murfree se encontró con un vulgar atracador. Le mataron para robarle. Ésa debe ser la única verdad.

Harry se puso en pie.

Odiaba al hombre que tenía delante. Odiaba su ridícula indumentaria, sus ojillos de pez, sus mejillas flácidas y descoloridas, su nariz en pico de ave rapaz, su barbilla redonda...

De repente, las manos del joven apresaron el cuello de Pipeskill, y apretaron, zarandeándole con violencia indescriptible.

—Le mataré... Le mataré, Pipeskill, si no me dice la verdad —jadeó Harry—. Siempre ha sido un chupasangre, un buitres, Pipeskill. Ha engordado con la sangre de desgraciados como mi padre. Hombres sumisos, incapaces de rebelarse, ¿verdad?

—Suél... teme... —imploró el hombrecillo, que había enrojecido hasta alcanzar un tono bermejo—. Me... me va a matar.

—No... No voy a soltarle hasta que confiese, canalla. ¿Se da cuenta, Pipeskill? Ya no puede hablar, le falta el oxígeno... Cuando salga de aquí, diré: «Buenas noches, señora Pipeskill», y ella no podrá detenerme. He dicho que me llamo Bertrand. ¡Que busquen a Bertrand!

—Agg... Bas... ¡Bastaa...! —gimió Pipeskill—. Se... se lo... diré... Harry le soltó con tanta fuerza, que el otro hubiera caído al suelo, volcando el sillón, si el propio Harry no lo hubiera impedido. Pipeskill jadeó, y gimió durante unos segundos. Pero los ojos de Murfree le acosaban, le obligaban a hablar.

—Es... cierto. Tuve que... hacerlo. Usted... ha visto mi casa. Está recién pintada, ¿verdad? Ellos llegaron una noche y la cubrieron de... excrementos. Cuando me asomé a una ventana, vi alejarse un camión-cisterna. ¡Habían arrojado aguas negras a presión sobre toda la casa! El hedor era insoportable. Sufrí las burlas de mis vecinos, tuvimos que desalojar la vivienda, e ir a vivir temporalmente a un hotel...

—¿Quién lo hizo? ¿Y por qué? —inquirió Harry, estupefacto.

—Una semana antes, alguien me llamó por teléfono. Asombrado, escuché la petición que me hacían: debía alterar el trabajo de Tom Murfree, de forma que tuviera que pasar por Bound Lane al anochecer. En Bound lañe tengo a dos de mis clientes. Una es la propia *mademoiselle* Fayeux, otro, un anciano que arregla paraguas y habita en un sótano del callejón...

—No se detenga, Pipeskill. ¡Siga hablando!

—Tomé a mi interlocutor por un loco. Entonces, me amenazó. Dos días después, dos individuos penetraron en mi casa. Insultaron a mi esposa, se burlaron de ella, destrozaron un televisor, el teléfono..., un montón de aparatos que valían una fortuna...

—Un momento. Esos dos individuos..., ¿podría describirlos?

¿Recuerda su aspecto?

—Uno era alto y macizo, rostro descamado y ojos azules, desvaídos. El otro era... mejor parecido. Más delgado, con un clavel en la solapa. Los dos vestían con elegancia...

—Luke y Dave —murmuró Harry, viendo retratados a los dos pistoleros en la descripción de Pipeskill.

—No dijeron sus nombres, por supuesto. Se mofaron de mí, e incluso me abofetearon. «Será mejor para ti que recuerdes el encargo relacionado con Murfree», me recomendaron, al salir.

—Es curioso. ¿Por qué no denunció los hechos a la policía? —preguntó Harry con suavidad.

Pipeskill se frotó, nervioso, las manos.

—Tenía miedo. No soy hombre... valiente. Luego, cuando embadurnaron mi casa de... porquería, me decidí. Hice lo que me habían pedido. El jueves pasado, de acuerdo con la orden, envié a su padre a la zona inmediata al callejón de Bound, e incluí en su cartera los recibos de *mademoiselle* Fayeux y Eleuterius Monk, el anciano paraguero.

Harry apretó las mandíbulas.

—Ahora lo comprendo. Por eso no pareció muy sorprendido la noche en que asesinaron a mi padre, y el teniente Steel le citó en su despacho, ¿eh? ¡Usted adivinaba ya que a mi padre le había ocurrido una desgracia!

Pipeskill se estremeció, al oír el grito de Murfree.

—Se lo juro, yo no podía suponer... Creí que se trataba de unos ladrones que pretendían robar a su padre, sin hacerle daño. A propósito, seleccioné los cobros que Murfree debía realizar para que la recaudación no fuera muy elevada. Unos mil quinientos dólares... Harry le miró con asco, conteniendo desesperadamente las ansias homicidas que bullían en su pecho.

—Ajá, pero usted dijo a Steel que en la cartera de mi padre habría no menos de cuatro mil dólares. Es usted un cochino, Pipeskill. ¡Y pensar que mi padre murió por obedecer sus órdenes, maldito canalla!

El furor que Harry experimentaba se había desbordado, como la lava de un volcán.

Un hombre como Pipeskill no tenía derecho a vivir entre personas decentes, honorables.

Por eso no pudo impedir lo que hizo a continuación. De un empujón agarró al hombrecillo, y le puso en pie. Retiró el brazo y lo disparó con infinita rabia.

La mandíbula de Pipeskill era blanda. Sus piernas se doblaron, y cayó al suelo como un pajarillo.

Harry no perdió mucho tiempo. Intuía que Pipeskill había confesado la verdad, y que ya no podría decirle nada interesante.

Se inclinó sobre él, y comprobó que respiraba, aunque débilmente. Entonces lo tomó, sin esfuerzo, por debajo de las axilas, y lo sentó en su sillón, apoyando la cabeza en la pared.

Abrió la puerta y tropezó con la elefantiásica señora Pipeskill, que estaba espiando probablemente.

La mujer miró adentro con ansia, y pareció serenarse, al divisar la figura de su marido sobre el sillón.

Aprovechando el momento, Harry cruzó el pasillo, llegó al vestíbulo y abandonó la casa.

CAPÍTULO XI

El sol penetraba a raudales por la ventana.

Una puerta se cerró con violencia en alguna parte, y Harry saltó, sobresaltado.

Luego se levantó de mal humor, y dejó correr la persiana para evitar el sol que le deslumbraba.

De puntillas, salió del dormitorio, cruzó el comedor y fue hacia la cocina.

En el pasillo, se detuvo, no obstante. Se había parado ante la puerta del dormitorio de su padre, y dudaba entre abrirla o seguir hacia la cocina para servirse un vaso de leche fría.

Asió la manivela, empujó la puerta. La desilusión se dibujó en sus juveniles facciones.

Beryl había cumplido su palabra. El pájaro había volado.

De repente, se sintió vacío y amargado.

«Al diablo», pensó. Y entonces sus ojos tropezaron con la nota depositada sobre la almohada.

La cama estaba perfectamente hecha. Beryl se había preocupado de dejarlo todo en orden.

Tomó el papel, y leyó con ansia las palabras escritas aprisa por Beryl. Era una letra picuda, airosa, elegante. Decía simplemente:

«Querido Harry:

»Jenny vive en una casa de apartamentos de Riskbone Street, número 455.

Estaré allí hacia el atardecer. ¿Vas a venir a verme? Te estaré esperando.

»Beryl».

Rabioso, rompió la nota y arrojó los pedacitos al suelo. ¡Estúpida Beryl! ¿Por qué se había marchado, si él..., estaba enamorado de

ella?

Claro que no podía decirle:

«Casémonos y seamos felices».

No podía decírselo porque Harry debía cumplir con su deber, primero. Debía vengar la muerte de su padre.

Y no quería, de ninguna manera, poner en peligro a la jovencita.

Abrió apresuradamente el cajón de la mesilla. Sus labios se plegaron en un rictus amargo, al ver la nota que él mismo había escrito, y los quinientos dólares que depositara allí, la tarde anterior.

«Quiero prestarte, este dinero, Beryl. Te ayudará a seguir adelante los primeros días. No sientas escrúpulos. Sólo es un préstamo. Tómalos y utilízalos, Beryl.

Harry». Pero el dinero seguía allí, intacto.

Bajo la palabra «Harry», ella había escrito unas frases:

«No necesito el dinero, Harry. Cobraré mi paga el sábado. Por otra parte, si lo tomase, tal vez juzgases terminado lo nuestro. Y quiero verte pronto».

Harry se mordió los labios. Luego tomó el dinero y destrozó la nota. Fue a la cocina, abrió el frigorífico y buscó un vaso.

Sonrió, sin ganas. Beryl había lavado platos y vasos, tirado la basura y dejado la cocina tan reluciente como jamás estuvo.

Probó un sorbo de leche, y dejó el vaso sobre la mesa. No tenía ganas de beber leche, se sentía absurdamente infeliz, no quería nada, nada.

Volvió a su habitación, se vistió y salió a la calle.

Subió por McVee hasta la esquina de Rentrey.

Antes de llegar ante el quiosco de Ripper, tuvo que bajarse de la acera.

Un gran camión estaba descargando enormes piezas prefabricadas de hormigón armado.

La grúa del camión elevaba una pieza cuando Harry pasó descuidadamente debajo.

Fue entonces cuando oyó un crujido terrible, seguido por los gritos de angustia de algunas mujeres que transitaban por Rentrey.

Harry alzó los ojos, y quedó helado de espanto. Las garras metálicas de la grúa habían soltado la enorme pieza.

La gran masa de hormigón armado cayó sobre la carga, y se precipitó sobre él.

Harry no fue capaz de reaccionar.

Sólo sintió aquel tremendo golpe en la espalda. Y de pronto, se vio rodando por el suelo.

¡Ileso!

Mark Steel estaba junto a él, magullado y polvoriento.

Harry le oyó maldecir. La pieza había caído a medio metro de ellos, y hundido el pavimento sesenta centímetros.

Pronto, una gran muchedumbre les rodeó, parlanchina y ávida de emociones baratas.

—Me... me salvó la vida, ¿eh, teniente? —murmuró Harry. Y sin saber por qué, se puso a reír nerviosamente.

Los curiosos corearon sus carcajadas.

Pero Steel no parecía de muy buen humor. A manotazos, apartó a la muchedumbre, y se encaró con el hombre que manejaba la grúa.

Harry se puso en pie, saltó por encima de la pieza prefabricada, y fue tras el policía.

—Un accidente, señor. No puede imaginarse cómo lo siento —murmuraba el mecánico que manejaba la grúa.

Steel le miró con dureza.

—¿Un accidente? Vi perfectamente lo que sucedió. No se escurrió la pieza, sino que las garras se abrieron...

—Sí... —murmuró el mecánico, con gesto abatido—. Nunca podré disculparme suficientemente, teniente. Fue un descuido mío. Estaba fumando, y dejé el cigarrillo aquí, sobre el panel. El cigarrillo se escurrió cuando elevaba la pieza, fui a cogerlo, y di, sin querer, a la palanca que mueve las garras...

—Creo que debería detenerle y encerrarle —gruñó Steel.

—Déjelo, teniente —medió Harry—. Fue un accidente. Cualquiera puede tener una distracción.

De todas formas, Steel pidió al mecánico su nombre, permiso de

conducir y documentación personal.

Al fin, Harry logró arrancar de allí al policía.

—Venga. Tomemos una taza de café para que se nos pase el susto. Le estoy muy agradecido, teniente.

Steel le miró a los ojos, con suspicacia.

—¿De veras? Yo no me siento tan satisfecho de ti.

Llegaron al quiosco. Harry pidió dos cafés.

—Es curioso —murmuró éste—. Ahora comprendo que debía venir siguiéndome. ¡Claro, estaba muy cerca de mí, cuando me empujó para evitar que muriera aplastado bajo unas toneladas de hormigón! Steel le miró con frialdad.

—No te seguía. Te esperaba. Sé que pasas por Kentley todos los días.

—¿Y qué quería? ¿Ha realizado alguna detención?

Kipper puso las dos tazas ante ellos. Steel agregó el azúcar, y movió lentamente la cucharita.

—Tal vez realice una, antes de mediodía. Tal vez te detenga a ti —dijo Steel.

Harry dio un respingo, y parte del café de su taza se vertió sobre la barra.

—¿A mí? —preguntó con cinismo—. Al menos, querrá decirme por qué.

—Estuviste en casa de Pipeskill y le maltrataste. Un juez te echaría tres años de condena por ello.

Harry perdió la sonrisa.

No contestó inmediatamente, por lo que Steel le tomó por un hombro y le obligó a mirarle.

—¿Qué buscabas en casa de Pipeskill? ¿Por qué le golpeaste? —preguntó severamente.

Harry trató de urdir a toda prisa una mentira. Pero no fue capaz. Steel le acosaba; sus ojos grises, tan claros, buscaban la verdad.

—Era lo menos que se merecía. Me quedé con ganas de darle un buen puñetazo... Así que me ha denunciado, ¿no es verdad?

—No fue él, sino su esposa. Llamó a la policía, cuando le encontró en su habitación, perdido el conocimiento.

—Entonces... —Harry había palidecido—, ¿va a detenerme?

—Tienes suerte, Harry. Pipeskill me visitó esta mañana en la comisaría, y retiró la denuncia. Dijo que su esposa había obrado

atolondradamente, y admitió que él te había provocado. Por tanto, seguirás libre. Pero no te confíes. Si sigues así, acabarás en la cárcel. —Si sólo es eso, no debió molestarse en buscarme. Buenos días, teniente —respondió Harry. Y alzando una mano en un vago ademán de saludo, se alejó hacia Bound Lane.

Steel sonrió con amargura. Apuró el café y se apartó del quiosco.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que el camión había desaparecido. Y apenas habían transcurrido dos minutos.

«No puede ser», se dijo, moviendo la cabeza. Volvió sobre sus pasos, e interrogó a Kipper.

—Que me registren —contestó éste, encogiéndose de hombros—. Han recogido las cuatro piezas que descargaron, y se han marchado. En realidad, me extrañó mucho que fueran a realizar obras en ese solar. Es propiedad del municipio.

Steel se separó de Ripper, y registró el solar. En efecto, allí no quedaba una sola pieza. ¿Cómo entender aquel contrasentido? Un camión comenzaba a descargar material. Sucedió el accidente, y camión y conductor desaparecían de inmediato.

Recordando que tenía en su poder la documentación del conductor de aquel camión, el teniente Steel volvió a la estación de policía de la calle Cowan.

Ya en su despacho, pidió comunicación telefónica con los archivos centrales del Departamento de Policía de la ciudad.

—Quiero saber si un individuo llamado Jeffrey Darren está fichado. Tengo un permiso de conducir, una cartilla laboral y una tarjeta del seguro. De acuerdo, esperaré —dijo.

De los archivos pasaron la información, veinte minutos más tarde:

—No figura en los archivos Jeffrey Darren. Pero hay algo más. No se ha extendido ningún permiso de conducir a su nombre, ni está afiliado a ningún sindicato. Si quiere que le diga lo que pensamos aquí, lo haré: esos documentos son absolutamente falsos.

Steel colgó el auricular y encendió un cigarrillo.

Pensaba en el accidente de aquella mañana, que había estado a punto de costar la vida a Harry Murfree.

En realidad, ahora estaba absolutamente seguro de que no había sido un accidente.

Steel sabía que Harry pasaba cada mañana por la esquina de Rentrey. El conductor del camión que transportaba colosales piezas

prefabricadas de hormigón, también, sin duda.

Sólo había tenido que fingir un accidente, en el justo momento en que Harry pasaba bajo el brazo de la grúa. Y dejar caer cinco toneladas sobre él, simulando un descuido.

—Si todo es como pienso —murmuró, aplastando el cigarrillo sobre el cenicero—. Harry se encuentra en gravísimo peligro de muerte.

CAPÍTULO XII

Monk estaba instalado en un sotabanco polvoriento y oscuro.

Harry descendió siete peldaños de aristas desgastadas, peligrosas, y miró al viejo.

Eleuterius Monk no le prestó atención, enzarzado en su trabajo de recomponer paraguas.

Llevaba un sobado mandil de lona, una chaqueta recosida, y gruesos zapatones con piso de goma.

Luego Harry debió moverse, y Monk alzó los ojos.

Usaba gafas, pero sus ojos eran vivos, perspicaces.

A su derecha, sobre el suelo de ladrillos, había una botella de vino, mediada. Monk fumaba constantemente, sin separarse el cigarrillo de los labios. Por eso su canoso y poblado bigote estaba teñido de amarillo.

Harry conocía a Monk de siempre, pero hacía mucho tiempo que no le veía.

Por el contrario, el paraguero le reconoció en el acto.

—Tú debes ser Harry Murfree, ¿eh? Me enteré de lo de tu padre, Harry. Lo siento, Tom era un buen hombre.

Precisamente aquella misma tarde vino a cobrarme el recibo de la Sweet Peace. Le dije que no podía pagárselo, y me respondió: «Yo pondré los cinco dólares del recibo, Eleuterius. Ya me pagarás cuando puedas». Un hombre honrado, sí, señor. El dinero...

Monk buscó apresuradamente en el bolsillo interior de su desharrapada chaqueta, y sacó cinco arrugados billetes de un dólar.

—Bien, Harry. Ahí lo tienes. Es tuyo, puesto que no pude pagarle a tu padre.

—Guárdelo, viejo. Y meta en su bolsillo esto. Creo que necesita comprarse un traje nuevo.

—Pero... ¡Harry, son cien dólares! En fin, Dios te bendiga, hijo. Veo que has cambiado mucho. Antes te burlabas del pobre Monk. Hoy...

—Olvídelo —dijo Harry con la voz ronca—. Mi regalo no es absolutamente desinteresado. Quiero hacerle algunas preguntas.

—¿Unas preguntas? Hazlas, hijo. Aunque no comprendo...

—Se trata de la noche del jueves. Aquella noche, mi padre fue asesinado en el segundo recodo de esta calleja, Monk. Usted sabe que muy poca gente escoge este paso..., excepto si se disponen a hacer una visita a las muchachas de *mademoiselle* Fayeux...

—Tienes razón, Harry. Es un lugar aburrido. En cuanto anochece, la gente prefiere escoger lugares mejor iluminados, más seguros.

—¿Hasta qué hora estuvo trabajando esa noche?

—Como siempre, hasta las nueve.

—¿No vio pasar a nadie, desde el mercado? Desde aquí se domina la calle perfectamente, Monk.

El viejo entornó los ojillos.

—Añora que lo dices..., ¡sí! Vi pasar a un personaje que huyó del barrio hace ya algún tiempo. Me sorprendió, puedes creerlo. Cuando tu padre salió de aquí, oí un estrépito fuera, como el frenazo brusco de un auto, móvil. No le di importancia. Pero un momento después, alguien cruzó ante mi puerta.

—¿Quién era? —preguntó ansiosamente Harry.

—Blaine Rogers. Andaba muy aprisa, y desapareció en el recodo. No le di importancia. Hacía frío aquí, por lo que decidí marcharme a casa. Me puse mi viejo gabán, apagué la luz y subí despacio los peldaños, temeroso de resbalar. Entonces oí la carrera, los jadeos de una persona. Blaine cruzó ante la puerta, como si le persiguiese el diablo...

Harry había escuchado, con intensa atención. Le temblaron los labios cuando inquirió:

—¿Estás seguro de que era él, Blaine Rogers? —Y al ver que el viejo asentía, preguntó—: ¿Le vio, en la calle?

—Sí. No pude resistir la curiosidad. Subí hasta la puerta, y me aplasté en el vano. Blaine subió a un automóvil negro, grande, brillante, y se marchó, haciendo chirriar los neumáticos.

Harry se estremeció.

—Gracias, viejo. Será mejor que no vuelvas al taller en unos cuantos días. Toma, esto te ayudará —y agregó unos billetes a los que ya había entregado—. Vete de aquí, ¿lo prometes?

Monk; asintió, estupefacto. Fue a decir algo, pero, cuando quiso reaccionar, Harry Murfree había desaparecido.

Harry se acercó a
Bronzzano's

Smokie y Girbie le salieron al encuentro, con dos jarras de cerveza en la mano.

—¿Te encuentras bien, Harry? —preguntó Smokie—. Tienes muy mal aspecto, compañero.

—Smokie tiene razón. Se diría que has visto un fantasma —comentó Girbie, impresionado.

—No es nada. Me he constipado. He venido a pagaros. Aquí tenéis lo vuestro —dijo, dividiendo en dos el pequeño fajo de billetes que acababa de sacar de un bolsillo.

Smokie cogió el dinero, y lanzó una exclamación:

—¡Es mucho más de lo acordado, Harry! Has debido confundirte. Aquí hay... más de cien.

—No me he confundido. Para vosotros ha terminado el trabajo. Considerad eso como una gratificación.

Smokie entornó los ojos, mirándole con sospecha.

—¿Tienes ya la solución, Harry? ¿Sabes quién asesinó a tu padre? —preguntó, excitado.

Harry asintió con el gesto.

—Pero no os necesito ya. Manteneos apartados de esto. No, Smokie. No quiero involucraros en el asunto.

Con ese dinero, tendréis para fumar y beber durante muchos días.

—Harry... —dijo Girbie, indeciso—. Smokie y yo no volveremos a fumar la «yerba». Lo hemos decidido. Fred Gray nos ha ofrecido trabajar en su taller. Nos va a costar, pero quizá hagamos una prueba. Trabajaremos...

—Eso está bien —destellaron los ojos negros de Murfree—. Os veré pronto.

Ya alcanzaba la puerta de la taberna, cuando uno de los camareros gritó su nombre:

—¡Eh, Harry! Te llaman al teléfono.

Volvió sobre sus pasos, y penetró en la oscura y maloliente cabina.

—Harry Murfree —dijo—. ¿Quién me llama?

—Te has pasado de listo, Harry. Pudiste vivir en paz, pero has arrojado tu tranquilidad por la borda.

—¿Quién es? ¿Qué estupidez es ésa? —gritó Harry.

No podía reconocer la voz, pero una sospecha comenzaba a fundamentarse en su mente.

—¿Rogers, eres tú, canalla?

La única respuesta fue una risita.

—Deja todo lo que estés haciendo, y ven a Asquith Road. Hay un camino que lleva hasta el río. Verás un gran *bungalow* sobre un promontorio. No tardes en venir. Te reservo una bella sorpresa.

—¡Aguarda, Rogers! Tienes que saber que... —murmuró Harry. Pero en el auricular sonó el «clic» del cierre de la comunicación.

Salió afuera, excitado y confuso.

Estaba seguro de que el que había hablado era Blaine Rogers, el hombre que había asesinado a su padre.

¿Por qué? Por vengarse del jovencuelo que lo arrojó de Bound Lane y le humilló.

Ahora, todo encajaba en su sitio. Rogers era miope. Tenía que usar gafas, aunque era tan presuntuoso que jamás se las ponía en la calle. Y, claro, había cambiado las gafas por lentillas de contacto, una de las cuales se le había desprendido en Bound Lane, segundo recodo.

¿Qué había querido decir Rogers, con aquello de una «bella sorpresa»?

Smokie y Girbie quisieron detenerle, pero Harry se desasíó de sus brazos, con excesiva brusquedad.

Anduvo aprisa hasta la parada de taxis de Market Bound, y tomó uno.

—Riskbone Street, número cuatrocientos cincuenta y cinco —indicó.

Era el domicilio de Jenny, la amiga de Beryl.

Quince minutos después, penetraba en un vulgar edificio de apartamentos, y subía hasta la planta cuarta.

La muchacha que abrió la puerta era morena y muy bonita. Y puso una cara muy rara, al oírle decir:

—Soy Harry Murfree. Usted debe ser Jenny, ¿no es cierto? ¿Puedo pasar?

Jenny asintió, y se hizo a un lado.

—No puedo comprenderlo —murmuró—. *Miss Hawthorne* aseguró que había sufrido usted un accidente gravísimo.

—¿*Miss Hawthorne*? ¿Quién es? —preguntó Harry, confuso.

Jenny se lo contó, con voz temblorosa.

Apenas hacía una hora que había sonado el timbre de la puerta. Jenny fue a abrir, y quedó pasmada de asombro al contemplar a la mujer.

Era rubia, bellísima, con grandes ojos verdes. La mirada de Jenny recorrió, admirada, el costoso abrigo de chinchilla de la bella desconocida.

—¿Señorita Beryl Brown? Soy *miss* Hawthorne. ¡Oh, ha sido horrible! Mi novio atropelló a un joven, muy cerca de aquí. Se llama Harry Murfree. Lo llevamos inmediatamente al Saint

Paul's

Hospital, y se recuperará. Pero quiere ver a la señorita Brown —dijo la rubia.

Beryl estalló en sollozos, al oír las explicaciones de *miss* Hawthorne. Y se apresuró a acompañarla.

—Ahora..., ahora —murmuró Jenny—, ¡comprendo que todo fue una terrible equivocación!

—No —gritó Harry, muy pálido—. No se trata de una confusión.

Y salió a la carrera, dejando a Jenny con la palabra en la boca.

En la calle, buscó desesperadamente un taxi. Pasaban pocos coches, y ninguno de ellos llevaba la luz verde encendida.

Echó a correr. Tenía que llegar cuanto antes a la calle Cowan, y ponerse en comunicación con el teniente Steel.

Beryl había sido secuestrada. Constituía el cebo que Blaine Rogers ponía ante él para obligarle a acudir a la cita de Asquith Road.

El corazón se le salía por la boca. Sus pulmones parecían a punto de estallar, pero Harry seguía corriendo.

Al fin, vio un taxi detenido ante un bar. Corrió hacia allí, abrió la portezuela, y se dejó caer sobre el asiento posterior.

—Estación de policía de la calle Cowan —indicó, jadeante. Y agregó —: Es urgente.

Agregaré diez dólares de propina, si aprieta el acelerador.

El taxista asintió y puso el motor en marcha.

Quería ganarse los diez dólares, y rodó a velocidad excesiva hacia el centro.

Habrían recorrido poco más de un kilómetro, cuando oyó el zumbido del radio-teléfono instalado en el panel.

El taxista lo descolgó, sin aminorar la marcha, y escuchó con

atención.

De repente, el hombre hundió el pie en el pedal de freno, y Harry salió proyectado contra el asiento delantero.

—¿Qué diablos...? —murmuró, colérico.

Lo supo enseguida.

El taxista tenía una enorme llave inglesa en la mano, y la esgrimía, ya dispuesto a hundirle el cráneo de un golpe.

Harry gritó de rabia, y ladeó la cabeza. El golpe le alcanzó en el hombro, y el dolor le obligó a exhalar un chillido.

Sin embargo, no podía perder un segundo, porque el otro le perseguía sin piedad, asestando un golpe tras otro.

Hasta que, de pronto, la mano izquierda de Harry se elevó. Los dedos, rígidos, golpearon la garganta del hombre.

Hubo un momento de indecisión. Al individuo se le nublaron los ojos. Así y todo, su brazo armado continuó repartiendo golpes, a diestro y siniestro.

Luego Harry encontró su brazo. Apoyó la mano en el hombro del taxista, y apalancó con fuerza.

El hombre chilló como una rata, al oír el crujido de sus propios huesos.

Harry recogió la llave y la alzó. En, aquel instante, zumbó el radio-teléfono.

Cambió la llave inglesa a la mano izquierda, y descolgó.

—¿Todo bien, Tañe? ¿Conseguiste despachar a Murfree? —resonó la voz en el auricular.

Harry rió a carcajadas.

—Te equivocaste, Rogers. El sicario al que diste la orden de romperme la cabeza, tiene un brazo roto, y parece muy abatido.

—¡Harry! ¿Cómo..., cómo has conseguido...?

—Yo mismo te lo explicaré, Rogers. Voy hacia allá —respondió Murfree. Y colgó.

Titubeó un segundo, pero finalmente abandonó el coche y siguió a pie, a la carrera.

Sus ojos buscaban ansiosamente la familiar silueta de un *cop* de uniforme. Pero no había ningún policía a la vista.

Pensando en ello, rió amargamente. Jamás le habían gustado los policías. En realidad, siempre los había odiado.

¡Y ahora daría mil dólares por tropezar con uno de ellos, y

comunicarle su angustioso S. O. S!

Tenía que llegar a la calle Cowan, debía hablar con Steel, conseguir la poderosa ayuda de la policía..., si quería salvar a Beryl.

Poco importaba ya la venganza. Era la seguridad de Beryl, ¡era su vida!

Su loca carrera le llevó hasta la esquina de Rentrey. Pero todavía quedaba mucha distancia hasta la calle Cowan.

Cruzaba ante el Chrystal *Light*, cuando alguien le detuvo. Un muchacho, un botones.

—Una llamada para ti, Harry. Llevan media hora llamándote —dijo el chico.

Harry le siguió, esperanzado, hasta la sala de fiestas. Quizá fuera Steel quien quería comunicarse con él.

Pero en cuanto descolgó el auricular, supo que se había equivocado.

—Ahora sé cuál es tu destino, Harry. Quieres ir a la policía, ¿eh? Jamás llegarás a la calle Cowan. Será mejor que tomes un taxi y vengas aquí. Te refrescaré la memoria:

Asquith Road, camino del río...

Harry colgó, antes de que el otro terminase de hablar.

Un momento después, estaba en la calle. Ni un policía a quien recurrir. Bound Lane estaba normalmente llena de *cops*, pero ahora, esta noche, cuando Harry necesitaba a uno, ¡sólo a uno de ellos!, no había un solo uniforme a la vista.

Avanzó a paso de lobo a lo largo de Nelson Street. Era una calle estrecha y deficientemente iluminada, pero suponía el camino más corto hasta la calle Cowan.

Un automóvil grande, un «Buick», sin duda, le cortó el paso.

Harry fue a estallar en improperios, al ver que el coche montaba sobre la acera. Pero comprendió que se proponían reventarle contra la pared, y retrocedió a buena marcha hasta Rentrey.

Bound Lane. Era la única solución.

Porque en McVee, una furgoneta se había detenido, de forma que tapaba totalmente la calle.

Dos tipos malencarados montaban guardia junto al coche. Y Harry no necesitaba pedirles la documentación para saber que se trataba de matones a sueldo.

Corrió por el callejón adelante. Le zumbaban las sienes, le faltaba el aliento. Sentía miedo, ahora.

Debía haber escuchado las proposiciones de Smokie y Girbie. Ellos le hubieran facilitado una pistola o incluso una metralleta, de haberlo querido.

Pero no. Se había empeñado en continuar siendo un hombre honrado. No quería manchar la memoria de su padre.

Torcía el primer recodo, cuando los vio venir. Eran muchos, ocho o diez mozzabates, armados de bates de

base-ball

, de cinturones y de piedras.

Harry se detuvo en seco y los miró. Allí estaba el pelirrojo Goofie.

Todos los de la pandilla a los que Smokie solía ganar con trampas.

Comprendió inmediatamente. A aquellos muchachos les habían prometido unos dólares, o tal vez unos cigarrillos de marihuana, si cazaban a Harry *el Guapo*.

Miró hacia atrás. Tres hombres corrían ya hacia él.

Estaba perdido. No podría salir de Bound Lane.

De todas formas, arremetió con coraje contra el pelirrojo, que se aproximaba ya con su bate en alto.

—¡A él! ¡Machaquémosle!

Harry esquivó fácilmente el primer golpe de bate y, de un zarpazo, arrebató el pesado palo de manos de su dueño.

Goofie chilló de espanto, al recibir un golpe en el estómago.

Durante un minuto, Harry contuvo a la pandilla a garrotazo limpio.

Luego, un revólver le golpeó por detrás, en el occipucio. Cayó al suelo, inconsciente.

CAPÍTULO XIII

Sus facciones ardían, y un horrible latido conmovía su cerebro.

Muy cerca, sonaban los gemidos de Beryl. Un llanto suave, sin esperanzas.

¿Cuántas veces le habían golpeado?

Harry había perdido la cuenta. Lo cierto era que Burt, aquel bestia con modales de cuadrúmano, le había puesto *groggy*, una docena de veces.

Blaine Rogers contemplaba sádicamente el espectáculo. No parecía repugnarle el hecho de que la sangre manchase profusamente el brillante suelo.

Tampoco la rubia *miss* Hawthorne parecía impresionada. Ajena a todo, seguía limándose cuidadosamente las uñas, recostada en un diván.

Más allá, estaba Beryl.

Le habían pegado una tira de esparadrapo en la boca, y ligado sus manos con el mismo material.

También Rogers había golpeado a Harry.

Harry no tenía esperanzas. Sabía que Rogers le mataría. Harry no podía seguir viviendo porque sabía demasiadas cosas comprometedoras.

Lo había explicado el propio Rogers, con una sonrisa de suficiencia: —¿Venganza? No me dejo arrastrar por esas estupideces. Yo controlo siempre mis sentimientos, Harry. Además..., si me fui del barrio fue porque me convino, no por tu causa. Ciertamente que me diste una paliza. Pero no, no mataría a tu padre sólo por ello. Siempre te he tenido a la mano. Podía tenerte a mi merced, cuando quisiera. Un chasquido de mis dedos, y hubieras venido aquí, atado de pies y manos.

—¿Por qué, entonces? ¿Por qué le mataste? Mi padre era inofensivo —preguntó Harry, incrédulo.

—¿De veras? Durante tres años, le he mantenido bajo vigilancia. El médico que le trataba era terco, y no se dejó intimidar. Pero sí pude sobornar a su enfermera. Supe que Tom estaba recuperándose, que

sus facultades mentales se vigorizaban. Su memoria comenzaría a funcionar muy pronto. Y no me convenía.

—No puedo comprenderlo. ¿Por qué razón?

Rogers rió brevemente.

—Te creí más inteligente. Vuelve con la memoria tres años atrás. ¿Qué sucedió entonces, en las proximidades de Bound Lane?

Harry cerró los ojos. La idea llegó a él, con fuerza impresionante.

—Ahora comprendo... ¡el atraco a la furgoneta del Federal Bank! —exclamó, estupefacto.

—Justo. Yo organicé el trabajo. Todo funcionó a la perfección. Ciertamente hubo que matar a dos vigilantes armados, pero trescientos mil dólares fueron a parar a mis bolsillos. Cuando nos marchábamos, el estúpido Tom Murfree apareció en la calle. Se quedó parado, quieto, espantado. Di órdenes a uno de mis hombres que arrancara y lo atropellara. Creí que lo habíamos matado, pero sobrevivió. Pasé unos días infernales. Murfree declararía lo que había visto. Sé que me reconoció perfectamente. Y entonces surgió la sorpresa... Murfree había perdido casi por completo la memoria, su cerebro trabajaba al ralentí. Debí matarle cuando le dieron de alta en el hospital.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Yo había cambiado el dinero ya, e invertido la mayor parte en varios negocios. Me consideré a salvo, y lo dejé. He ganado mucho dinero, mis negocios se han duplicado. Negocios honrados, absolutamente limpios. Sólo temía una cosa: que Tom Murfree recobrara sus facultades mentales, y recordara lo que vio aquel día. Sería fácil para la policía seguir el rastro de mi dinero y probar mi culpabilidad. Por eso, cuando supe que Murfree, tu padre, estaba recuperándose, le maté. Lo hice yo mismo. No quería que algo fallara. Le alcancé en el recodo. Nunca olvidaré su expresión de horror. Me reconoció. Entonces saqué mi porra de plomo, y le golpeé... ¡hasta que cayó!

—¡Maldito seas! —gimió Harry—. Pagarás lo que has hecho. El teniente Steel tiene en su poder la lentilla que perdiste. Llegaré hasta ti, un día u otro...

Al oírle, Rogers estalló en un ataque de furor. A patadas, golpeó a Harry hasta que el muchacho se desmayó.

Ahora Harry ni siquiera podía abrir bien los ojos, se sentía medio

destrozado; al final de su resistencia.

—Llévale a la chimenea, Burt. Sujétale al hierro —ordenó Rogers. Harry quedó pendiendo en el aire, boca abajo, colgado por los pies. Rogers disparó una vez su pistola. El estampido sobresaltó a Beryl. Pero la bala había hecho impacto muy lejos de la cabeza de Harry. Poco a poco, sin embargo, los impactos fueron aproximándose. Un ladrillo del hogar saltó en fragmentos. Una esquirla hirió en la mejilla a Harry.

—¡Termina ya, maldito bastardo! ¡Dispara a matar! —gimió Harry, rotos los nervios.

—Eso voy a hacer —dijo Rogers—. Para ti, ya es hora de morir. La puerta del fondo se desgajó de cuajo. Rogers dio un grito, elevó la pistola, apuntó a la cabeza de Harry, y apretó el gatillo. Pero no salió ninguna bala, porque Rogers las había agotado ya, en su mortífero juego.

La sorpresa le paralizó, al comprender su estupidez.

—¡Quietos! —bramó Mark Steel, desde la puerta.

Rogers dio media vuelta y corrió hacia el pasillo.

Una ráfaga de metralleta le impidió seguir huyendo. Tropezó y cayó rodando. De su boca brotó un caño de sangre.

Burt, entretanto, había saltado de cabeza al ventanal. Los cristales se rompieron, y Burt cayó al jardín.

Smokie y Girbie estaban ansiosos por saber lo que estaba sucediendo dentro. Pero cuando Burt aterrizó en el suelo, ambos saltaron con buen ánimo sobre él, y le acogotaron.

Arrastrándolo, le llevaron al interior del *bungalow*. Y allí vieron a Harry, con el rostro hinchado y aparatosamente cubierto de sangre. Cerca de él estaba Beryl, prodigándole palabras cariñosas. Harry les vio, a través de sus párpados hinchados, y alzó desmayadamente una mano.

Steel entregó a la esposada *miss* Hawthorne a dos *cops*, y se acercó a Harry.

—Vamos, muchacho. La fiesta ha terminado —dijo.

—Lástima. Rogers no podrá decirle una palabra sobre el asesinato de mi padre, y cierto atraco ocurrido tres años atrás —murmuró Harry, mientras Smokie y Girbie le ponían en pie.

—¿Qué importa? Burt Grants nos dirá muchas cosas. Y también esa bella y fría beldad rubia. ¿Sabes una cosa, Harry? Tú y yo hemos

seguido caminos distintos, pero paralelos. He tenido que trabajar mucho para saber que la lente que encontraste pertenecía a Rogers. Luego, esta noche, Smokie y Girbie vinieron a verme. Habían oído algunos comentarios por ahí. Y vine aquí.

—En buena hora —sonrió Harry. Y se desmayó.

* * *

—Somos muy jóvenes, Harry. Si vivimos juntos, la tentación... —murmuró Beryl, que se había sentado al borde de la cama.

—Eres tonta. ¿Cómo quieres que, te diga las cosas? En realidad, quiero casarme contigo. Yo voy a dejar la cafetería. Tengo casi veinticinco mil dólares. Voy a comprar el negocio de coches usados de Sol Parker. Y seguiré estudiando hasta terminar la licenciatura. Tendremos que ahorrar. Si eres capaz de aceptar una vida sin lujos, pero tranquila y apacible...

—La acepto de todo corazón, Harry. Como te acepto a ti —dijo Beryl. Y tenía muy brillantes los ojos.

Harry la atrajo y la besó en silencio.

FIN



Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*,

era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con LA PISTA DE LOS

100 000

, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...